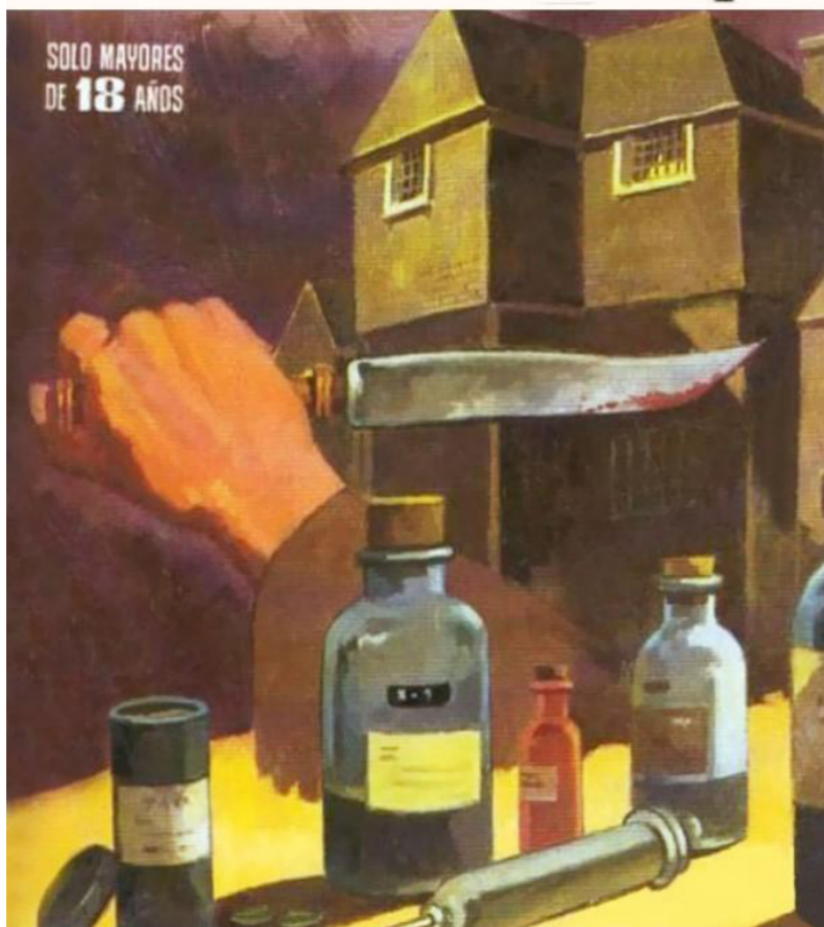


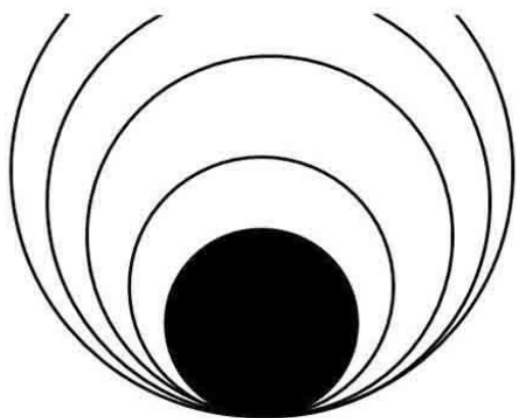


LA MANSION DE LOS PLACERES

Lou Carrigan

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS





PUNTO ROJO



LOU CARRIGAN

LA MANSION DE LOS PLACERES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 974
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 30.644 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1980

© Lou Carrigan - 1980

texto

© E. Martín - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1980

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL

520 — Siempre queda un hombre.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265 — Sekreten polizeiiken.

En Colección BUFALO SERIE .AZUL

361 — Ha pasado un *marshal*

En Colección PUNTO ROJO:

970 — «Puzzle».

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.577 — Muriendo serás feliz.

EL MUERTO

Jacques Langevine se sentó ante el volante de su automóvil particular, colocó la llave en el contacto, y quedó pensativo. Encendió un cigarrillo, siempre pensativo, absorto. El humo rodeó su interesante cabeza poblada de abundantes canas.

Era un hombre atractivo, de unos cincuenta y cinco años, bien conservado, elegante. Posiblemente, la principal característica de Jacques Langevine era su buen gusto. Tenía buen gusto para todo. El lema de «sólo lo mejor es bueno» encajaba en él a la perfección. Sí, sólo lo mejor es digno de ser tenido en cuenta. Lo vulgar, lo mediocre, y no digamos ya lo malo, no podía formar parte de la vida del atractivo Langevine en ninguna faceta.

Pero, a veces, surgen cosas malas en la vida de las personas.

Malas e inesperadas.

Como, por ejemplo, aquel extraño sonido que, de pronto, percibió Langevine a su derecha, en el asiento contiguo del lujoso automóvil privado.

Un sonido... extraño. Si hubiera sido cualquier sonido de los que ya estaban identificados en el subconsciente de Jacques Langevine, éste no habría mirado el asiento contiguo, con toda lógica. Pero la peculiaridad del sonido atrajo su atención, le sacó de su ensimismamiento, le volvió a la realidad.

Aquel sonido...

Ssst... Ssst... Ssst...

Jacques Langevine volvió la cabeza hacia su derecha. De momento, no vio nada en la penumbra del interior del coche. Luego vio dos puntos pequeños y relucientes, y, detrás y debajo, algo parecido a un alambre húmedo de lluvia. Algo así.

Todavía no había identificado aquella «cosa» cuando Langevine oyó el sonido ahora abajo, entre sus pies: ssst..., ssst..., ssst..., ssst...

Justo en ese momento identificó la «cosa» que había en el asiento de su derecha. Justo en ese instante supo que los dos puntos pequeños y relucientes eran dos ojos. Y casi en seguida supo que lo que le había parecido un alambre húmedo de lluvia era un delgado cuerpo que se movía.

Una serpiente.

No, una serpiente no podía ser, era demasiado pequeña. Una culebra... No, no, tampoco.

¿Una víbora?

El pasmo de Langevine cedió paso a la súbita y finalmente total comprensión de la insólita realidad: tenía una víbora en el asiento junto al suyo y otra víbora entre sus pies, en el piso del coche.

La súbita comprensión llevó a Langevine a un largo y violento escalofrío, mientras sus ojos se desorbitaban. ¿Cómo podía haber dos víboras en su coche...? ¿Cómo era posible...?

La primera en morderle fue la que tenía entre los pies. Los agudos pinchazos a través del fino tejido del calcetín le parecieron a Jacques Langevine como un pellizco. Respingó fuertemente, saltando en el asiento, y con tan brusca reacción pareció asustar a la otra víbora, que saltó y quedó clavada en su mano derecha. Langevine la miró con los ojos fuera de las órbitas, blanco como leche su desencajado rostro.

—No —jadeó—. ¡No, no!

Agitó la mano, pero la víbora siguió allí, clavada por sus agudos colmillos. Completamente aterrado, Langevine volvió a gritar cuando notó el siguiente mordisco, ahora en la nuca.

El terror pareció convertirse en una bomba que estallase dentro de él esparciendo el helor de la muerte.

Jacques Langevine echó la mano izquierda hacia atrás, hacia su nuca, y sus dedos tocaron la áspera y seca piel de la víbora que tenía clavada allí.

La cabeza le dio vueltas.

Abrió la boca para gritar de nuevo, y entonces todo terminó: su cuerpo se relajó completamente, su cabeza cayó sobre el pecho.

Jacques Langevine quedó muerto en el asiento de su lujoso automóvil.

CAPÍTULO PRIMERO

—La vida es hermosa, ¿verdad? —dijo Monique.

Adrien Germont se quedó mirándola entre socarrón y desconcertado. Y, como a pesar de su escrutinio, no pudo comprender por dónde iba en esta ocasión la muchacha, dijo:

—Tú sí que eres hermosa.

—¡Estoy hablando en serio! —rió ella.

Adrien se quedó mirando todavía con más atención el desnudo cuerpo de Monique Courcel, tendido junto a él en la amplísima cama del vetusto pero elegante dormitorio. De la rubia Monique se podrían decir quizá mil cosas diferentes, pero había una en la que nadie haría la menor variación: era bellísima.

Así que Adrien, dijo:

—Yo también estoy hablando en serio.

Y para que Monique viera con cuánta sinceridad se expresaba en su admiración por su belleza, giró más hacia ella, hasta que sus cuerpos estuvieron en contacto de lado, la abrazó, y la besó en la boca.

El beso total, desde luego. Un beso al que Monique sabía corresponder adecuadamente. Pareció que los cuatro labios formasen uno solo, pareció que se fundiesen golosamente mientras se producían las caricias interiores. Monique emitió un gemidito..., y volvió a gemir cuando una mano de Adrien se deslizó a lo largo de su cuerpo, llegando a la cadera, al muslo, a...

Separó su boca, tomó aire rápidamente, y exclamó:

—¡Oh, Adrien!

—¿Qué? —susurró él.

—¡Pero si apenas hace cinco minutos que...!

—Que... ¿qué?

Ella rió dulcemente.

—¡Eres terrible!

El la hizo girar un poco, y besó la cúspide del seno que había estado acariciando.

—Si estás cansada, podemos dejarlo para la primavera del año que viene, abuelita.

—¡Eres tú quién debería estar cansado!

—Pues no lo estoy. Y además, me vuelves loco. Eres tan, tan, tan hermosa que serías capaz de resucitar a un muerto si éste viese la posibilidad de hacerte lo mismo que estoy pensando hacerte yo en este momento.

—¡Acabas de hacerlo!

—Dicen que lo bueno es la repetición.

—¡La repetición ya la has...!

—Hablas demasiado —susurró Adrien.

Y volvió a besarla. Pero no para impedirle que siguiera hablando demasiado, sino porque le gustaba besarla. Así de simple y fácil de comprender.

A Monique también le gustaba que Adrien la besara, así que correspondió de nuevo de aquel modo íntimo y cálido, y se dejó llevar. Y así, besándose, en cuanto Monique percibió el inicio del movimiento de Adrien se colocó completamente de espaldas sobre la cama, y se dispuso a recibirlo adecuadamente.

¡Y vaya si lo recibió! Con todos los honores. En seguida comenzó a sentir que se ahogaba, así que deshizo el beso, y suspiró, con trémolos de gozo:

—Oh, Adrien...

Se abrazó con fuerza a su cuello, y emprendió la navegación por la más espléndida y dorada ruta del mundo. El viaje fue largo y placentero para los dos, y hubo como un estallido de placer cuando llegaron al final, al mismo tiempo.

Luego ambos se relajaron, y Monique suspiró de nuevo:

—Cielos, Adrien...

—¿Todo va bien? —susurró éste junto a su orejita.

—¡Oh, cielos!

Adrien se tendió a su lado, la besó en la boca, y preguntó:

—¿Por qué has dicho antes que la vida es hermosa?

—Pero, mi amor, ¡acabas de darte tú mismo la respuesta!

—Entendido —sonrió Adrien—. Aunque para aclarar mejor tu expresión digamos que lo maravilloso es el amor. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! ¿Sabes qué haría yo en estos momentos?

Un gesto de cómica alarma apareció en el rostro de Adrien.

—¡Oye, oye, que tengo mis límites!

—¡Me permito dudar! —rió ella, besándole la agresiva barbilla

—. Pero no me refería a esto. Lo que yo haría ahora sería beberme toda una botella de champaña.

—Será mejor que lo hagamos a medias. Te pones demasiado deliciosa cuando bebes una copita de más. Voy a buscar esa botella.

Saltó de la cama, y se dirigió al cuarto de baño dentro del dormitorio. Salió a los pocos minutos, recogió el elegante batín, se lo puso, y miró a Monique, que, desde la cama, espléndida en su hermosura ahora lánguida, le contemplaba como extasiada.

—Su turno —sonrió Adrien, señalando el cuarto de baño.

—Adrien, te amo.

—Y yo a ti —gruñó él—. Y de eso abusas, tomando a veces demasiadas iniciativas en nuestra sociedad.

—¡Creí que te gustaban mis iniciativas! —rió Monique.

—En la cama me vuelven loco. En el trabajo a veces me cabreas un poco. Una chica no debe ser tan... decidida. ¿Te parece que suba también algo de comer?

—Oh, sí... ¡Se me abre un apetito voraz siempre que hago el amor tres veces!

—Eres una cachonda —sonrió Adrien.

Salió del dormitorio, recorrió el amplio pasillo del piso alto de la vieja pero bien conservada mansión del Boulevard Garibaldi de París, y descendió la amplia escalinata. Era una tontería vivir allí, pero sentía cariño por la vieja casa. De todos modos, cualquier día la vendería, y se compraría un ático sensacional en... en el Boulevard Haussmann, por ejemplo. Un sitio así, elegante, magnífico.

Llegó al vestíbulo, y, justo en ese momento, sonó la llamada a la puerta. Adrien la miró, frunció el ceño, y, como era demasiado educado para hacer gestos físicos, envió mentalmente un corte de mangas hacia el visitante. No pensaba abrirle la puerta ni al mismísimo presidente de Francia.

Así que entró en la cocina a los pocos segundos, pensando que si no había champaña en el frigorífico tendría que bajar a la bodega. La enorme bodega de la vieja mansión, donde, desdichadamente,

que él supiera, nunca habían habido fantasmas. Lástima. Si hubiera alguno podría convertir la casa en una feria para curiosos, y cobrarles una buena entrada por ver al fantasma.

Había champaña en el frigorífico, en la parte baja, envueltas las dos botellas en sus correspondientes servilletas, para que el frío no fuese de ése tan brusco y penetrante que quita gusto al espumoso vino.

Volvió a sonar el carillón de la puerta.

—Tu madre —dijo Adrien.

No pensaba abrir. De ninguna manera.

¡Caramba, había caviar, no lo recordaba! Y quedaba todavía un buen trozo de rosbif. ¡Menuda cena!

El carillón de nuevo. Y otra vez. Y otra, y otra... Las llamadas se convirtieron en algo así como una orgía musical mientras Adrien, calmamente, iba colocando en una gran bandeja de plata lo que pensaba devorar y beber arriba en compañía de su amadísima Monique.

Cuando lo tuvo todo preparado, le parecía que su cabeza se había convertido en una campana debido a las insistentes y ya no interrumpidas llamadas.

—Muy bien —dijo—, quienquiera que seas, tú te lo has buscado.

Salió de la cocina con cara de perros, y fue como una flecha hacia la puerta. Metro ochenta y dos de músculos y mala uva respaldados por toda la potencia de los treinta años de vida sana de Adrien Germont. Mal negocio para el inoportuno y maleducado visitante que no sabía aceptar no ser recibido.

—Adrien, ¿qué pasa?

Adrien miró hacia la escalinata. Monique estaba a la mitad, envuelta en su sensacional bata azul que contrastaba con sus rubios cabellos y hacía juego con sus preciosos ojos.

—¿Qué pasa? —Gruñó—. Algún masoquista que quiere que le partan la cara.

—A lo mejor es algo urgente. De todos modos, no seas demasiado duro con él —rió Monique.

No era él. Era *ella*. Una mujer. Una dama, por más señas. Adrien Germont tenía un ojo clínico infalible para aquellas cosas, sabía distinguir una dama al primer vistazo. La dama vestía con sobria elegancia, debía tener algo más de cincuenta años, y, sin ser

hermosa, tenía un poso de cierta belleza ya marchitándose. Y unos ojos serenos y claros, que miraron reposadamente a Adrien al rostro, y luego repararon en su íntima indumentaria.

—Me temo —susurró— que he sido demasiado inoportuna, *monsieur* Germont.

La reacción de Adrien fue propia de un caballero.

—No se preocupe, *madame*. Mmm... ¿Me conoce usted?

—No personalmente. Bien...; quizá será mejor que vuelva en otro momento.

Adrien Germont tenía una mente ágil y lúcida. Eran las nueve de la noche más o menos. Una hora harto intempestiva para ir por casas ajenas... a menos que se tuvieran buenos y, seguramente, urgentes motivos.

—De ninguna manera, *madame*. Pase usted, por favor..., si es que disculpa mi indumentaria.

La dama sonrió, entró, y se quedó mirando a Monique, que permanecía en la escalinata. Miró a Adrien cuando éste hubo cerrado la puerta, y movió los ojos hacia Monique.

—La señorita Courcel, supongo.

Adrien parpadeó.

—Según parece, *madame*, nos lleva usted ventaja. Nosotros no tenemos el gusto de conocerla.

—Yo me he enterado muy bien de quiénes son ustedes. Adrien Germont, abogado y detective privado de altos vuelos, y Monique Courcel, detective privado y ayudante personal de usted. Según mis informes, ustedes pueden resolver *cualquier* caso que requiera una... discreta y concienzuda investigación. No hay mejor oficina de investigación en París.

—Es usted muy amable, *madame*..., *madame*...

—Langevine. Langevine, señor Germont.

Monique lanzó una exclamación. Adrien fue más cauto.

—¿La esposa del señor Jacques Langevine? —murmuró.

—Así es.

Monique terminaba de bajar rápidamente la escalinata. Adrien señaló hacia la doble puerta del salón.

—Tenga la bondad, *madame*. La acompañaré al salón, y si es tan amable de esperar unos minutos nos vestiremos para...

—Oh, por favor, no es necesario. Bastante les molesto ya

viniendo aquí. Pensé en ir a su oficina de los Campos Elíseos, pero... me pareció más discreto venir a su domicilio particular. Sé que es una impertinencia, pero...

—No se preocupe usted. Pase, por favor.

Abrió la puerta, entró *madame* Langevine, entró Monique, y él lo hizo en último lugar.

—¿Desea tomar alguna cosa, *madame*?

—No, gracias. Y procuraré no entretenerles demasiado. En realidad, señor Germont, usted ya lo habrá comprendido, yo quisiera que usted..., ustedes investigarán la muerte de mi marido. Les supongo al corriente de..., de lo sucedido...

—Por supuesto, *madame*. No sólo por el hecho de que su marido fuese una persona importante, sino por el... modo un tanto insólito en que halló la muerte. Nos hemos interesado por esa noticia aparecida en los periódicos, claro está.

Madame Langevine se había sentado, y también Monique, en sendos sillones. Adrien se sentó en un extremo del enorme sofá y se quedó mirando expectante a su visitante. Ésta colocó sobre sus rodillas el bolso, y sus dedos maniobraron nerviosamente en el cierre.

—Me gustaría... saber si ustedes aceptan el encargo, señor Germont —murmuró.

—No pretendo desanimarla, ni dar la impresión de una falsa modestia, *madame*, pero la policía ya está...

—La policía no sabe tanto como sé yo. Y no quisiera que lo que sé yo lo supiera la policía..., al menos de momento. En cambio, me ha parecido acertado confiar en la discreción de un investigador privado.

—Gracias, *madame*. ¿Qué sabe usted?

—¿Aceptan el encargo, señor Germont?

—Sería un estúpido si no aceptara la oportunidad de conseguir un triunfo como el que usted me ofrece, *madame*. Acepto.

Ella asintió, abrió el bolso, y sacó un sobre, que tendió hacia Adrien. Éste fue a tomarlo, regresó al sofá..., y sonrió cuando Monique corrió a sentarse a su lado. El sobre contenía fotografías. Y nada más ver la primera, las miradas de Adrien y de Monique se alzaron vivamente hacia *madame* Langevine, que la soportó firmemente. Luego, Adrien y Monique miraron aquella fotografía y

las restantes. Todas formaban parte del juego: un hombre y una mujer, desnudos, en una habitación, sobre una cama, en diversos momentos amorios. En casi todas las fotografías estaban realizando el acto sexual.

Mas esto, en sí, era vulgar. Lo extraordinario del caso, para Adrien y Monique, eran los componentes de la pareja. Uno era el fallecido Jacques Langevine. La otra era una famosa actriz francesa, joven, hermosa, muy conocida en Francia y fuera: Gabrielle Desrochers. ¿O no lo era?

Adrien miró a *madame* Langevine.

—Identificamos a su marido, *madame*. ¿La dama es... Gabrielle Desrochers, la actriz?

—Sí, desde luego.

—Bien... Bueno, es desagradable saber estas cosas del marido, lo entiendo. Pero no comprendo...

—Dudo mucho que mi marido tuviera esa clase de relaciones con la señorita Desrochers.

—Ah... ¿Quiere decir que estas fotografías son., trucadas, quizá?

—No. En realidad son fotogramas obtenidos de una película que también he encontrado en la caja fuerte de mi marido, y que pueden examinar si lo desean... No, no son fotos trucadas. Pero insisto en que mi marido se movía en círculos bien diferentes a los de esa señorita.

—Bueno, *madame*, comprenda usted que una cosa así no es como para hacerla pública. Usted puede creer lo que guste, naturalmente, pero lo evidente es que su marido y la señorita Desrochers... Vaya, bien claro está, ¿no es cierto?

—Sí. Señor Germont yo siempre he conocido las... aventurillas de mi marido. Me sorprende mucho ésta. Muchísimo. Luego hay otra cosa: Jacques nunca había cometido la torpeza de filmar sus... diversiones. ¿Por qué esta vez sí?

—Es una pregunta interesante —admitió Adrien.

—Entonces, *monsieur*, ¿buscará usted la respuesta?

—Va a ser un poco violento, pero espero encontrar el modo de... llegar a un acuerdo informativo con la señorita Desrochers.

—No le será fácil. Ella no está en París..., ni en parte alguna conocida. Me he interesado por eso, porque mi primer impulso fue

echarlo todo a rodar, ya que no quiero aparecer como la mártir viuda de un honesto marido... que no era tan honesto. Pero no he podido localizar de ninguna manera a Gabrielle Desrochers. Entonces, se me ocurrió que quizá ella... tenga algo que ver con lo sucedido.

Adrien y Monique la miraron estupefactos.

—¿Quiere usted decir —exclamó Monique— que la señorita Desrochers puede tener algo que ver con la muerte de su marido... picado por tres víboras?

—¿A usted no le parece extraña la muerte..., la clase de muerte de mi marido, señorita Courcel?

—Pues sí... Realmente, sí, porque encontrar víboras en París...

—¿Y no resulta un tanto... casual que la señorita Desrochers falte de su domicilio desde algunos días antes de la muerte de mi marido?

—Bueno...

—*Madame* Langevine —intervino Adrien—; ¿usted quiere que nosotros iniciemos la investigación partiendo de la base de que la señorita Desrochers ha podido tener algo que ver con la muerte de su marido?

—Sí, *monsieur*. Eso quiero exactamente.

—Muy bien. Caso aceptado, *madame*. Mañana mismo empezaremos a trabajar en él.

—Muy agradecida. Bueno, creo que no es necesaria la aclaración, señor Germont, pero comprenderán que si he acudido a ustedes es porque no me asusta la cuenta de gastos ni de sus honorarios. Quiero una investigación a fondo, total. Yo... Bueno, la vida es maravillosa, y no quisiera que alguien me censurara continuar viviéndola con satisfacción sólo porque han asesinado a mi marido..., que no era precisamente un santo.

—La comprendemos perfectamente, *madame*.

Louise Langevine se puso en pie, y efectuó un movimiento de cabeza hacia Monique.

—Señorita Courcel...

—Ha sido un placer conocerla, *madame*..., pese a las circunstancias —murmuró Monique.

—Dígame una cosa —sonrió de pronto *madame* Langevine—; ¿es cierto que usted es una chica... digamos dinámica, que sabe

manejar una pistola, que conoce el karate... y cosas así?

—Bueno, *madame* —sonrió también Monique—, en estos tiempos una jovencita delicada como yo debe aprender a defenderse, ¿no cree?

—Me parece admirable. Señor Germon...

—Permítame acompañarla, *madame*.

Poco después, Adrien se reunía con Monique en el salón.

Ella había encendido dos cigarrillos, y le tendió uno. Adrien se sentó a su lado, y se dedicó a fumar, en silencio, pensativo. Monique le tocó en una rodilla con un dedito.

—¿Sí? —La miró Adrien.

—Quizá te parezca monstruoso, pero sigo teniendo apetito, y deseo como pocas veces una copa de champaña.

—Me parece muy normal, después del... ejercicio. Por otra parte, nosotros no tenemos culpa de las porquerías que pasan por ahí, ¿no es cierto? Así que, por esta noche, seguiremos nuestra vida... Y mañana será otro día.

—Exactamente —sonrió Monique—. Mañana será otro día.

CAPÍTULO II

La famosa actriz cinematográfica Gabrielle Desrochers tenía, cómo no, un lujoso apartamento en la Avenue Kléber, cerca de la Place Charles de Gaulle, por más antiguo y bonito nombre Place de l'Etoile, es decir, Plaza de la Estrella.

Frente al edificio en el que estaba ubicado ese apartamento, detuvo su modesto «Renault 12» la rubia señorita Monique Courcel, lo estuvo mirando unos segundos, y luego, en la imposibilidad de estacionar correctamente, buscó un *parking* donde hacerlo. Conseguido esto, la señorita Courcel volvió al edificio, en el que entró decididamente, colgando de un hombro una cámara fotográfica y del otro el bolso.

El conserje del lujoso edificio le dirigió una mirada especulativa, pero breve. Su expresión no pudo estar más clara: aprobativa.

—Buenos días —saludó jovialmente la preciosa rubia—. Si no me equivoco, aquí vive la señorita Desrochers.

—En efecto, señorita.

—¿Puede indicarme su apartamento? O bien, si ha de anunciarme dígame...

—La señorita Desrochers se halla ausente, lo siento.

—Ah... ¿De veras? —La rubia sonrió encantadoramente—. Vamos, no sea usted malo, *monsieur*.

—Soy una buena persona —sonrió también el conserje—, pero la señorita Desrochers no está en su apartamento.

—Vaya por Dios... ¿Y dónde está?

—Lo ignoro señorita.

Monique tomó su turno de mirar especulativamente al hombre. En seguida, sonriendo de aquel modo enternecedor, dijo:

—Usted no tiene aspecto de aceptar propinas, *monsieur*.

—Las apariencias engañan —rió ahora el hombre—. Pero por

buena que fuese la propina, la señorita Desrochers sigue ausente. Si supiera dónde está, se lo diría..., incluso sin propina.

—Ah, *monsieur*, usted es la clase de francés que yo adoro. Dígame: ¿hay alguien en el apartamento, quizá?

—El servicio, naturalmente.

—¿Podría el servicio recibirme?

—Lo preguntaré.

—Dígales, por favor, que soy periodista, y que trabajo en París como colaboradora de una revista americana muy importante.

No hubo problema alguno. Dos minutos más tarde, la rubia y encantadora Monique Courcel era recibida en el apartamento de Gabrielle Desrochers por una mujer de unos cincuenta años, alta, elegante, de mirada inteligente, voz suave. No formaba parte del servicio propiamente dicho.

—Soy Justine Demiel —se presentó—, secretaria y representante de Gabrielle. Pase, por favor, señorita...

—Monique Courcel. Como le ha dicho el conserje...

—Sí, sí. —Justine Demiel cerró la puerta—. Espero que también le habrá dicho que Gabrielle está ausente.

—Pues sí —sonrió Monique—, pero la verdad, no me lo he creído.

—Le aseguro que es cierto. Venía usted a hacerle una entrevista, supongo.

—Y varias fotografías —movió Monique la cámara que colgaba de su hombro—. Con dos alternativas.

—No comprendo bien eso.

—Mi intención era ofrecer a la señorita Desrochers la posibilidad de posar desnuda, en cuyo caso la entrevista tendría un cariz digamos... íntimamente erótico, o bien, una entrevista normal. Soy una ferviente admiradora de ella, y tengo intención de darla a conocer mejor al público norteamericano.

Habían llegado al salón. Justine asintió, y señaló a Monique uno de los sillones.

—Aunque Gabrielle no necesita digamos... demasiado esa clase de promoción —dijo amablemente—, nunca está de más. ¿Tomará usted café, señorita Courcel?

—Sí, gracias.

Justine Demiel se sentó, frente a Monique, y agitó una

campanilla de plata. Monique encendió un cigarrillo, mirando con discreción a su alrededor. Elegancia y lujo. Sin que ni una ni otro rebasasen los límites del buen gusto. Amplio espacio, colores luminosos, buenos cuadros, muebles magníficos... Una doncella apareció en el salón, y Justine pidió que les sirviera café.

—Es un hermoso apartamento —dijo Monique—. ¿Vive usted aquí con la señorita Desrochers?

—No. Gabrielle y yo preferimos tener cada cual su domicilio. Aquí viven la cocinera y la doncella. Y dos encantadores perritos muy cariñosos que he encerrado para que no nos molesten. ¿Para qué revista trabaja usted?

—*Life & Women*.

—Ah, sí... *Es una buena revista*.

—De las mejores de Estados Unidos. ¿No podría usted indicarme dónde encontrar a la señorita Desrochers?

—Sinceramente, no. Y lo siento de veras. No sólo por usted, sino por mí misma. Hace días que tengo pendiente un contrato para Gabrielle, sólo falta que ella lo firme.

—¿Hace mucho que se ausentó?

—Vamos a ver... Ocho, diez... Hoy comienza el undécimo día. Monique parpadeó, confusa.

—¿Y en ese tiempo no ha sabido usted dónde está ella?

—La he buscado por todas partes. Incluso estuve hace tres días en su finca de Normandía. He llamado a todos sus amigos, colegas, fotógrafos... ¡Yo qué sé! No hay modo de encontrarla.

—Quizá haya tenido un accidente, o algo así... ¿No ha avisado usted a la policía?

—¿A la policía? Soy contraria a esa clase de publicidad.

—¿Cómo, publicidad? ¿Qué quiere usted decir?

—Estoy segura de que en cualquier momento Gabrielle aparecerá, tan campante. No es la primera vez que se ausenta sin darme explicaciones. Se va a Suiza, a Italia, a España... Una vez me dijo que había estado simplemente paseando por Bangkok. A veces hace cosas raras. Bien, si yo avisara a la policía, naturalmente se organizaría su búsqueda, se armaría un buen alboroto que, en definitiva, redundaría en publicidad. Pero eso me parece de escasa categoría; de modo que, simplemente, espero que Gabrielle regrese.

—¿No dejó ella ningún recado? Una nota, una llamada telefónica...

—No. Ah, el café...

La doncella sirvió el café, y abandonó de nuevo el salón. En alguna parte del apartamento se dejaron oír los ladridos de un par de perros. Monique sonrió por encima de su taza de café.

—Parece que los perritos están disgustados por el encierro.

—Están demasiado mimados.

—Hasta es posible que sean de los que desayunan con caviar — sonrió Monique.

—Gabrielle no es tan excéntrica. Imprevisible, pero no excéntrica.

—En esas ausencias de ella... ¿suele estar sola? Quiero decir que quizá la acompañe alguna amiga... o amigo.

—No. Precisamente, cuando se va es para estar sola unos días. Ella lleva una vida muy intensa aquí, siempre está con gente que la abruma, la invita a cantidad de fiestas... No.

Se va sola.

—Por lo que entiendo, no va a ser posible en modo alguno localizarla.

—He agotado todos mis recursos. Normalmente, ni me habría molestado en buscarla, pero está ese contrato que hay que firmar... Bueno, espero que la productora no tendrá inconveniente en esperar unos pocos días más. No creo que Gabrielle tarde en volver a casa. ¿Tiene usted algún número de teléfono para avisarla, señorita Courcel?

—Yo iré llamando diariamente, si no le importa. Es que casi siempre estoy dando vueltas por ahí, en busca de noticias y reportajes, y sería difícil para usted localizarme. No quisiera molestarla tanto... ¿Sería posible que tomase algunas fotografías del apartamento?

—No veo inconveniente alguno, pero ¿no sería mejor tomarlas con Gabrielle?

—Eso sería lo ideal. Pero mientras tanto, quizá podría escribir un prerreportaje, en el que se podría incluir esa finca de Normandía. Estoy pensando en ir allá, por si la señorita Desrochers estuviese descansando en esa finca.

—Perderá usted el tiempo; pero, ciertamente, puedo indicarle dónde está la finca.

—Es usted muy amable, *madame*. ¿Puedo tomar algunas

fotografías aquí?

Veinte minutos más tarde, la señorita Courcel abandonaba el apartamento de la actriz Gabrielle Desrochers. Había tomado una veintena de fotografías, incluidos los dos «perritos», que eran un dálmata enorme y un pastor alemán casi tan enorme. También había fotografiado a Justine Demiel, a la doncella y a la cocinera... Y salía de allí con la impresión de que nadie en aquel apartamento estaba preocupado por la ausencia de Gabrielle Desrochers. Quizá Justine algo irritada, eso era todo.

—Ah, señorita —la saludó el conserje—. ¿Encontró a *mademoiselle* Desrochers?

—Pues no —admitió Monique—. Lo que demuestra que no es usted un mentiroso, *monsieur*. Me alegro por usted.

—¿Por mí?

—Claro. ¿No sabe usted que a los mentirosos se les caen todos los dientes?

El hombre se echó a reír, y Monique salió del edificio. Poco, después entraba en el *parking* donde había dejado el coche. Bajó por la escalera de caracol hasta la segunda planta oyendo tras ella las pisadas de un hombre, y se dirigió hacia el vestíbulo... Las pisadas del hombre seguían sonando tras ella. Monique llegó junto a su coche, metió la llave en la cerradura de la puerta, y por medio del cristal vio al hombre caminando hacia otro coche.

Un gesto como divertido apareció en el bello rostro de Monique Courcel. Se metió en el coche, maniobró, y rodó hacia la rampa. Segundos después aparecía en la avenida. Y apenas diez minutos más tarde detenía el

«R-12»

en el Boulevard Garibaldi, frente a la casa, aprovechando un hueco en la fila de coches juntó a la acera.

Se apeó y caminó hacia la casa sin volver la cabeza. En todo momento había estado viendo por el espejo retrovisor el coche del sujeto que había entrado con ella en el *parking* de Avenue Kléber. La cosa parecía clara: el hombre estaba cerca del domicilio de Gabrielle Desrochers, la había visto a ella mirar el edificio, luego entrar en el *parking*. Había hecho lo mismo, dejando su coche allí, y la había seguido a pie; se había enterado de que ella se interesaba por Gabrielle Desrochers, sin duda alguna dando una buena propina

al «simpático» conserje, y luego había decidido seguirla.

Muy bien.

Abrió el bolso, sacó la llave, abrió la puerta de la casa, y entró... El hombre entró tras ella, casi pegados sus cuerpos, y cerró rápidamente la puerta.

Monique lo miró asombradísima, indignadísima.

—¡Oiga usted...! —exclamó.

El hombre le colocó un revólver bajo la nariz, y Monique enmudeció. Bizqueando, miró el arma que tocaba su labio superior. Luego, «asustadísima», miró al sujeto.

—¿Qué..., qué quiere...? No llevo encima mucho dinero...

—Camine —dijo el hombre—. Nos sentaremos a charlar.

—Bu..., bueno, también en casa tengo una pequeña cantidad...

—Vamos a sentarnos cómodamente. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, señor, sí...

—Espléndido. Usted delante, no faltaría más.

Entraron en el salón. El hombre dirigió un vistazo rápido a todos lados, encogió los hombros y señaló un sillón con el revólver. Monique se sentó, al mismo tiempo que lo hacía el hombre en otro sillón, preguntando en seguida:

—¿Qué ha ido usted a hacer al apartamento de Gabrielle Desrochers?

—Oh, yo... yo soy periodista y he ido... a hacerle una entrevista...

—¿De veras? ¿Periodista? —El ceño del hombre se frunció—. Bueno, puede ser, pero las entrevistas a la Desrochers están ya más que sabidas y conocidas por el público, así que no es usted muy original, señorita Courcel.

Monique parpadeó. ¿De modo que, en efecto, el conserje era de los que aceptaban propinas...?

—¿Cómo sabe quién soy? —preguntó, con falsa ingenuidad.

—Tengo dotes de adivinación. Mire, llevamos tiempo vigilando la casa de la Desrochers y hemos visto gente conocida de ella, entrando y saliendo. Pocos, porque ya deben conocer su costumbre de ausentarse inesperadamente de cuando en cuando.

Usted es una completa desconocida para nosotros, así que...

—¿Quiénes son «nosotros», *monsieur*? ¿Es usted de la policía, quizá?

—¿Yo? —se desconcertó el hombre; luego rió ásperamente—. Bueno, mire, nena, es usted quien debe decirme quién es. Quiero estar seguro de que es periodista.

—¿Qué otra cosa podría ser, *monsieur*?

—No tiene aspecto de periodista.

—Francamente, *monsieur*, no comprendo... ¡Bueno, no comprendo nada! ¿Quién es usted y qué es lo que quiere de mí?

—Ponga su bolso en el suelo y empújelo con un pie hacia mí —ordenó el hombre.

Monique Courcel obedeció. El hombre se inclinó, recogió el bolso, lo puso sobre sus rodillas, titubeó, y guardó el revólver en el sobaco izquierdo. Acto seguido, abrió el bolso.

—*Monsieur* —llamó amablemente Monique.

—¿Sí?

—Ha hecho usted mal en guardar su revólver, *monsieur*; ahora que ya no hay riesgo para mí, mi amigo ha decidido intervenir. Está detrás de usted, *monsieur*, apuntándole a la cabeza con una automática. Puede volverse para mirarlo, pero muy despacio, y sin volver las manos de encima de mi bolso.

El hombre había quedado como petrificado, mirando fijamente a Monique. Luego, muy despacio, fue volviendo la cabeza.

Unos pocos pasos detrás de su sillón, vio al hombre. Al hombre alto, atlético, impresionante, que le apuntaba con una pistola provista de silenciador.

—Se llama Adrien Germont —dijo Monique—, y se enfada mucho cuando alguien me molesta. Como dato complementario, le diré a usted que Adrien es muy peligroso. Si yo fuera usted, *monsieur*, sacaría el revólver con las yemas de los dedos, despacio, despacio, despacio, y lo dejaría caer al suelo con exquisito cuidado. Por favor, no haga enfadar a Adrien.

De nuevo se pasó el hombre la lengua por los labios. Acto seguido, asintió, sacó el revólver con todo cuidado, y lo dejó caer al suelo cerca de sus pies. Adrien Germont se acercó, se inclinó a recoger el arma..., y el desconocido le largó un feroz puntapié al rostro. Mejor dicho: ésa fue su intención.

Un segundo más tarde, estaba en el suelo, cara al techo, amarillo el rostro y con la sensación de que tenía clavada una lanza en el hígado. No podía ni respirar. Ni ver, pues tenía los ojos llenos de

lágrimas. Junto a él, el derribado sillón, que Adrien colocó adecuadamente. Luego, con una de sus grandes, morenas, poderosas manos, asió al sujeto por la ropa del cuello, lo puso en pie, y lo tiró de nuevo al sillón.

El hombre sacudió la cabeza. La visión se aclaró. Frente a él, la rubia y preciosa Monique le amonestaba con un dedito deliciosamente manicurado.

—Ah, *monsieur, monsieur*... ¿No se lo dije? Sin duda se está usted preguntando qué ha pasado, ¿verdad?, se lo explicaré: Adrien se ha limitado a agarrar su pie, subirlo de modo que lo ha derribado a usted volcando el sillón, y luego le ha propinado una terrible patada en el hígado. Ahora, usted está maltrecho, y Adrien tiene de todos modos su revólver. Recuerde que se lo advertí, *monsieur*: Adrien tiene muy mal genio, un carácter pésimo. Recuerdo una vez en que le dio por preguntarle cosas a un caballero que no quería contestar. ¿Sabe usted qué hizo Adrien? Pues mire, primero le machacó los testículos a puntapiés, luego le descoyuntó los dos hombros, y después se dedicó a ir golpeándole en la cabeza con un martillo cada vez que aquel pobre caballero no respondía a una pregunta. ¡Fue terrible, *monsieur*! A propósito, *monsieur*, ¿cómo se llama usted?

La mirada del hombre fue hacia Adrien, que permanecía imperturbable, mirándolo.

—Achille Beaupré —murmuró tras tragar saliva.

—Tanto gusto, amigo Achille. Bien, ya sabe que yo soy Monique y él es Adrien. Ahora, podemos charlar como buenos amigos... ¿Le parece bien, Achille?

Beaupré asintió con enérgico cabezazo. Monique sonrió.

—¿Te das cuenta, mi amor? —dijo mirando a Adrien—. Achille no es tonto como parecía. Y dígame, Achille: ¿está usted solo en esto de vigilar el apartamento de Gabrielle Desrochers?

—No... Nos vamos turnando.

—Ah. Claro. ¿Y por qué vigilan el apartamento? ¿Están esperando el regreso de la señorita Gabrielle?

—Nnnno... No.

—¿Cómo es eso? Creí que usted también buscaba a Gabrielle Desrochers.

—No, ya le digo que no.

—Entonces..., ¿esperan a alguien que venga a verla a ella? ¿A quién, concretamente?

Achille Beaupré tragó saliva de nuevo, y no contestó. Monique lo miró con incredulidad. Acto seguido, se puso en pie, mirando a Adrien Germont.

—Voy a traerte el martillo, mi amor —dijo.

Beaupré la miró con ojos desorbitados.

—No, no —dijo con voz que parecía un maullido—. Voy a contestar... ¡Voy a contestar!

—No sabe cuánto me alegro por usted, *monsieur* —se sentó de nuevo Monique—. Bien: ¿esperan a alguien concreto o están esperando... alguien que pueda parecerles la persona que buscan?

—Alguien... que puedan parecemos la persona que buscamos.

—O sea, a nadie concreto. Pero ustedes creen que cuando esa persona aparezca sabrán que es la persona que les interesa... ¿Es correcta mi suposición, *monsieur*?

—Sí... Sí.

—Muy bien. ¿Y cómo esperan poder identificar a esa persona?

—Creemos... que posiblemente lleve encima copias de unas' fotos.

—De..., de Gabrielle Desrochers...

Monique entornó los párpados.

—¿Fotografías de Gabrielle Desrochers? ¡Pero *monsieur*, si puede usted conseguirlas a miles en cualquier sitio! Sólo tiene que comprar cualquier revista y es casi seguro que aparecerá la señorita Desrochers. Incluso en algunas, desnuda. ¿No sabía usted eso?

—Sí, sí. Bueno, los..., los fotogramas que estamos... esperando son... especiales.

—Ah, fotogramas... ¿Quiere usted decir fotografías obtenidas de una película? Muy interesante. ¿De qué película, *monsieur*? ¿De cuál de las varias películas que ha hecho la señorita Desrochers?

—Bueno, no..., no son de ninguna de sus películas.

—Entiendo, *monsieur*. Sin duda se refiere usted a los fotogramas de la películita corta en la que la señorita Desrochers aparece en pleno acto... copulatorio con Jacques Langevine. ¿Se refiere usted a esas fotografías, a esos fotogramas?

—¿Cómo saben ustedes eso? —Respingó Beaupré.

Monique sonrió, siempre amablemente.

—La pregunta, *monsieur*, es: ¿cómo lo sabe usted? ¿Cómo sabe que existen esas fotografías? ¿Quizá se lo ha dicho la propia Gabrielle Desrochers?

—No... No. Ella dijo que no sabía que se había tomado ninguna película mientras estuvo... con Langevine.

—A ver si lo entiendo... ¿Ha hablado usted con la señorita Desrochers?

—No, yo no. Un amigo, que está con ella.

—Un amigo que está con ella... ¿Dónde, Achille? ¿Dónde está Gabrielle Desrochers?

CAPÍTULO III

—No lo sé... ¡De verdad que no lo sé! Yo sólo hago pequeños trabajos para La Maison.

—¿La Maison? ¿La Casa? ¿Una casa. Achille?

—Bueno, la llamamos La Mansión.

—Ah, La Mansión... ¿Mansión de qué? ¿Qué clase de mansión?

—La... La Mansión de los Placeres...

Monique Courcel quedó estupefacta.

—¿La Mansión de los Placeres? ¿Qué clase de placeres?

—No sé... ¡No lo sé, no sé nada de eso, ni dónde está la Mansión, lo juro, lo juro!

Monique hizo gestos de calma con las manos.

—Vamos a hacer un trato, Achille. Usted nos dice todo lo que sabe respecto a la Mansión de los Placeres y a la señorita Desrochers, y esas fotografías o películas, y nosotros le escuchamos atentamente, valorando su sinceridad y la utilidad de su información. Si nos convence en ambos sentidos, llegaremos a un acuerdo satisfactorio para usted. ¿Le parece bien?

—Sí.

—Estupendo. ¿Un cigarrillo?

—Sí... Sí, gracias.

Monique Courcel, que había recuperado su bolso, sacó de éste un paquete de cigarrillos, que tiró a las manos de Beaupré. Éste encendió uno, devolvió el paquete a Monique, y se quedó mirándola mientras ella encendía también un cigarrillo. Adrien se limitaba a mirar a Beaupré.

—Le escuchamos, Achille.

—Bien... Lews aseguro que no sé dónde está la Mansión de los Placeres, ni qué placeres hay exactamente en ella, pero que la señorita Desrochers está allá...

—¿Prisionera?

—Yo diría que como invitada.

—Pero ¿está allá voluntariamente?

—Podría ser que sí, pero también podría ser que no. Bueno, ella está allí, y... recibió al señor Langevine, como ustedes ya parecen saber por las fotografías, o la película. La película la tomó, sin que lo supiera la señorita Desrochers, un empleado de La Maison, por encargo de Jacques Langevine...

—¿Para qué quería el señor Langevine esa película clandestina?

—No lo sé. Eso sólo él lo sabía. El caso es que la dirección de La Maison se enteró de la existencia de esa película, y le pidieron explicaciones al hombre que la había tomado secretamente por encargo de Jacques Langevine. Entonces, enviaron a alguien a pedirle la película al señor Langevine, pero éste dijo que no tenía ni idea de lo que le estaban hablando, es decir, mintió para no entregar la película...

—¿Lo mataron por eso?

—Lo mataron... ¿quiénes?

—Digamos los empleados de La Maison.

—No, no. La dirección de La Maison no ha tenido nada que ver con la muerte de Jacques Langevine.

—¿No? En ese caso..., ¿quizá fue la señorita Desrochers la que decretó la muerte de Langevine?

—¡Claro que no!

Monique Courcel se desconcertó.

—Entonces, ¿quién lo mató u ordenó su muerte? —No lo sé.

—Lo que usted dice no tiene sentido, Achille. Esa película, al parecer, sólo puede interesar a tres partes: la dirección de La Maison, el señor Langevine ha sido asesinado, evidentemente. Luego eso tiene que haber sido obra de una de las otras dos partes.

—No, no, no.

—Eso parece indicar que hay alguien más en este desconcertante juego. Muy bien, quizá sea cierto. Volvamos a usted y a las fotografías. ¿Tenía usted orden de recuperarlas?

—Así es. Al morir el señor Langevine, la dirección pensó que el asunto estaba relacionado con la película, y que se la habían quitado, seguramente para sacar unos fotogramas y someter a chantaje a la señorita Desrochers. Con seguridad, pensaban someter a chantaje en primer lugar al señor Langevine pero puesto que éste

se puso terco, y quizá debió formular alguna amenaza convincente, decidieron matarlo y dedicarse solamente a la señorita Desrochers.

—Y usted esperaba a la persona o personas encargadas de poner en marcha ese chantaje, y se ha fijado en mí.

—Sí. Nos vamos turnando con otros dos amigos en vigilar el apartamento de la señorita Desrochers. Las órdenes son que sigamos a quien nos parezca sospechoso, pero yo, a verla a usted sola... Bueno, me he pasado de listo.

—Eso parece —sonrió Monique—. Quiso hacer más de lo que le correspondía. ¿Cómo se llama y dónde puedo encontrar al hombre que filmó la películita?

—Se llama Ives Tournier. Pero no podrá encontrarlo, porque trabaja precisamente en La Maison, o sea, que supongo que está allí.

—Y la señorita Desrochers sigue también en La Maison.

—Que yo sepa, sí.

—¿Quién o quiénes dirigen La Maison?

—¡No tengo la menor idea!

—¡Qué pocas cosas sabe usted. Achille! Pero estamos llenos de buena voluntad hacia usted, queremos creerle. Veamos, es obvio que alguien les da las órdenes y a sus dos amigos que se turnan en la vigilancia del apartamento de Gabrielle Desrochers... ¿Quién es esa persona que les da las órdenes? ¿Dónde podemos encontrarla?

—Sólo sabemos que se llama Maurice; no sé dónde encontrarle, porque siempre es él quien me llama cuando hay alguna pequeña cosa que hacer.

—Francamente, Achille, no nos está sirviendo de mucho. Lo que nosotros queremos, usted lo habrá comprendido ya, es llegar a La Maison. Estamos buscando a Gabrielle Desrochers, y si ella está allí, allí iremos nosotros. ¿De verdad no sabe dónde está La Maison?

—No lo sé. ¡Lo juro!

—Pues mucho me temo que nuestro enfado con usted no ha disminuido gran cosa, lo que significa que no vamos a llegar a ese acuerdo satisfactorio para usted. Lo siento, Achille.

—Pe... pero les..., les juro que no sé dónde está...

—¿Quizá podría averiguarlo de alguna manera?

—No, de *ning*... Bueno...

—¿Sí? ¿De qué modo, Achille?

—Bueno, no sé. Yo..., yo me enteré por un pequeño trabajo que

hice unos meses atrás del nombre de una, persona que ha estado en La Maison... Ella debe saber dónde está, por tanto.

—¡Ella! ¿Una mujer? Muy bien: ¿quién es?

—Si no recuerdo mal se llama Marie Villeneuve, y vive en Boulevard Raspail... No recuerdo el número.

—Villeneuve, Boulevard Raspail —asintió Monique—. Quizá tengamos suficiente con eso. Lo intentaremos, Achille, y si obtenemos algún resultado, ya verá que somos gente de palabra. Vamos a buscar a esa Marie Villeneuve.

—¿Y yo? ¿Qué van a hacer conmigo?

—Eso no es problema, Achille. ¿Le gusta a usted el vino..., los buenos vecinos franceses?

—Sí, claro... Claro que me gustan.

—Estupendo —sonrió Monique Courcel.

Adrien Germont detuvo el «Peugeot 504» frente al antiguo y señorial edificio sito en Boulevard Raspail, y le echó un detenido vistazo, incluso saliendo del coche. Volvió a éste, y se alejó, despacio. Tres minutos después volvía a pasar por delante del edificio en cuestión, para alejarse siempre lentamente. Todavía dio otra vuelta más antes de detenerse a cierta distancia del edificio, sacar la pequeña radio de bolsillo, y apretar el botón de llamada.

—¡A la orden, señor! —Sonó la voz de Monique.

—¿Y bien? —Gruñó Adrien.

—Nada. Nadie se ha fijado en ti, estoy segura.

—Eso me ha parecido. Lo que demuestra que Marie Villeneuve no está conectada en modo alguno con el caso Langevine. Pero sí con La Maison, aunque haga meses de eso.

—Serviría para localizar esa Mansión de los Placeres. ¡Me gustaría mucho ir allí! ¿Qué clase de placeres debe haber?

—Si juzgamos por la película de Langevine y la Desrochers, la cosa está clara.

—¿Eso crees? —Sonó incrédula la voz de Monique.

—Bueno —gruñó Adrien—; realmente para echar un par de polvos no hace falta salir de París, así que quizá ofrezcan otros placeres.

—¡Qué modo tan vulgar de hablar, mi amor!

—Voy a ver si encuentro a la Villeneuve en su apartamento.

—Usa tus buenos modales: parece que esa dama tiene que ser de

categoría, a juzgar por el edificio donde vive.

—Hasta luego.

Adrien cerró la radio, la guardó, y buscó un lugar para estacionar el coche. Conseguido esto no muy lejos del edificio, regresó hacia éste, y entró en el amplio portal. Un portero imponente se acercó a él.

—¿Señor?

—Avisé a *madame* Villeneuve, por favor. Dígale que Adrien Germont ha regresado a París y quisiera presentarle sus respetos.

—Con mucho gusto, señor.

El portero entró en su enristalada cabina, y utilizó el teléfono interior. Adrien le estuvo observando a través de los cristales. La conversación se alargó un poco, pero era natural: Marie Villeneuve jamás debía haber oído hablar de Adrien Germont... El portero colgó el auricular, y salió de su cabina.

—Por favor, *monsieur*, suba usted: tercer piso.

—Sí, ya sé. Gracias.

El ascensor era amplísimo, recargado y lento. Tercer piso. Ningún problema, porque, naturalmente, en aquel edificio sólo había un apartamento en cada piso. La puerta se abrió apenas Adrien hubo pulsado el timbre.

—Buenas tardes —miró afablemente Adrien a la morena doncella de grandes ojos—. Soy Adrien Germont.

—Oh, sí, sí, señor... Tenga la bondad de pasar. La señora le recibirá inmediatamente.

Adrien asintió, y siguió a la muchacha hasta un saloncito, en el que lo dejó solo. Ni siquiera tuvo tiempo de comenzar a interesarse por los cuadros que colgaban en abundancia de las paredes, porque la puerta se abrió de nuevo a los pocos segundos. No obstante, Adrien ya había fruncido el ceño al comprobar que los temas de los cuadros no eran precisamente alegres: torturas, ejecuciones...

—¿*Monsieur* Germont?

Adrien asintió, mirando a la mujer inexpresivamente. Parecía tener algo más de cincuenta años, era seca, de rostro alargado, huesudo, y boca delgada. Había en sus labios y en sus grandes ojos oscuros algo que provocaba una inmediata repulsión.

—A sus pies, *madame* —murmuró Adrien.

Ella sonrió.

—Es usted muy amable, *monsieur*, al pasar a saludarme a su regreso a París. Sin embargo... Bien...

—¿No recuerda usted?

—Francamente, no. Lo siento. De todos modos, no he querido ser descortés. ¡Conoce una a tanta gente que olvida en seguida...! Debo decirle, sin embargo —relucieron los ojos de Marie Villeneuve— que no es usted la clase de hombre al que se olvida fácilmente. No comprendo cómo he podido olvidarle.

—Es muy sencillo, *madame*: jamás me conocí antes.

—¡Ah...! Ah, ¿de veras? En ese caso, *monsieur*, no comprendo qué pretende usted presentándose en mi casa para saludarme.

—Espero no haberla interrumpido en nada importante.

—No, no... Sólo iba a ahogar unos gatitos.

—¿Perdón?

—Me disponía a ahogar unos gatitos. ¡Esa malvada «Minou»! ¿Qué diría usted que ha hecho?

—Si entiendo bien, *madame*, «Minou» es una gata, y ha tenido gatitos.

—¡Exactamente!

—Yo diría que es algo indiscutiblemente propio de las gatas, tener gatitos, *madame*.

—Oh, sí... ¡Pero no ella, mi pequeña «Minou»! No entiendo cómo ha podido conseguirlo, cómo ha conseguido acercarse a un gato... La vigilo, la cuido, la mimo..., ¡y en cuanto me descuido hace esas porquerías! Así que, para darle un buen escarmiento, me disponía a ahogar a sus tres cachorros delante de sus propios ojos. Oh, pero eso puede esperar. Me intriga más usted, su visita... ¿Le parece que nos sentemos?

Adrien Germont, que había ladeado la cabeza y contemplaba fríamente a la mujer, se sentó, sin más ceremonias, pese a que Marie Villeneuve todavía estaba de pie. Ella se sorprendió por la descortesía más que evidente, pero se limitó a sentarse a su vez, sin hacer ningún comentario.

—¿Dónde está La Maison? —preguntó Adrien.

Marie Villeneuve casi respingó, sus ojos lanzaron un destello de sobresalto, de alarma.

—¿Cómo dice usted? —murmuró.

Adrien Germont encendió un cigarrillo, y expelió el humo

mirando a través de él a la mujer.

—La Mansión de los Placeres —dijo secamente.

—Oh, *monsieur*, no sé de qué está usted hab...

—*Madame*, no acostumbro ser violento con las mujeres, pero me gustaría mucho partirle a usted la columna vertebral y arrancarle las orejas. Sólo necesito un buen motivo. Y su renuncia a contestar mi pregunta lo es.

—Pero es que yo no...

—¿Lleva usted dentadura postiza, *madame*?

—¿Yo? No... No, no... ¡Claro que no!

—Me temo que deberá ir haciéndose a la idea de adquirir una, porque se me está ocurriendo hacerle tragar todos los dientes de un puñetazo. ¿Me ha comprendido, *madame*? Y ahora, repetiré la pregunta: ¿dónde está La Maison?

—En... en Belle-Ile. Es una isla que...

—Conozco la geografía de Francia, *madame*, y sé muy bien dónde está Belle-Ile. ¿A quién tengo que dirigirme para que me lleve a La Maison, una vez en Belle-Ile?

—Bueno, hay un café en el puerto de Le Palais, cuyo nombre es Le Ciel. Hay que ir a ese café después de las seis de la tarde, y pedir... un café turco con sacarina, no con azúcar. Después de eso, alguien se pondrá en contacto con usted.

—Muy bien. ¿Qué clase de placeres hay en La Mansión?

—Pues... de todos.

—¿De todos, *madame*?

—Digamos que..., que usted pide cosas... y allá se..., se las proporcionan.

—¿Cualquier cosa?

—Pues... casi cualquier cosa, sí.

—¿Cuánto hace que no está usted en La Maison?

—Bueno, estuve... el mes pasado. En realidad suelo ir una vez al mes, o cada cinco semanas. Precisamente, tenía pensado ir la próxima semana...

—Le sugiero que aplase esos proyectos. Yo le diré cuándo puede usted volver allá.

¿Quién dirige La Maison?

—Escuche, *monsieur* Germont, yo no...

—¿Quién? —cortó fríamente Adrien.

—Aimé y Alphonsine.

—¿Dos mujeres?

—Sí. Creo que son hermanas, pero no, estoy segura.

—¿Qué clase de personal hay en La Maison? ¿Hombres armados, criados, camareras...?

—¿Hombres armados? ¡Claro que no! Todo el personal es muy atento y servicial. Es como..., como un hotel muy... privado. Muy discreto.

—¿Dónde está ubicado, en qué parte de la isla?

—Bueno, como siempre he ido al anochecer no sabría decírselo exactamente, pero no tiene pérdida. ¡La isla es tan pequeña! Está cerca de la carretera que va desde Le Palais al puerto de Goulphar, más cerca de este último.

—Supongo que de día debe destacar mucho en el paisaje.

—Oh, no, no... Parece una granja típica de la isla.

—Entiendo. Nada llamativo, entonces. Mire, le haría muchas más preguntas, pero realmente no vale la pena, ya que pronto sabré más cosas de las que usted pueda decirme, y, por otra parte, conversar con usted me está revolviendo el estómago. Sólo le diré que si alguien la llama en algún momento preguntándole si conoce usted a Adrien Germont y le ha recomendado La Maison, diga que sí. Aunque la idea me repugna, deberá decir que somos viejos amigos, que yo he estado mucho tiempo fuera de Francia, viajando por todo el mundo, y que a mi regreso la he visitado, hemos charlado de viejos tiempos..., y usted me ha recomendado La Maison. ¿Ha entendido esto claramente, *madame*?

—Sí... Sí.

—Voy a rogarle que se atenga a ello, porque si dice cualquier cosa diferente yo volveré por aquí, o lo harían unos amigos míos para pedirle cuentas. Tanto si son ellos como si soy yo quien vuelve por aquí, *madame*, encargue usted una silla de ruedas, una dentadura postiza y unas orejas de plástico, para conservar... la estética. No tengo la menor duda de que capta usted mis amenazas, *madame*.

Marie Villeneuve, que estaba lívida, tartamudeó:

—U... usted no..., n..., no es de la po..., policía...

—No. La policía sería demasiado buena para usted, *madame*. Créame, haga lo que le he dicho, o le romperé la espalda. ¿Estamos

de acuerdo, *madame*?

—Sí... Sí.

—Muy bien. —Adrien Germont se puso en pie, y fue hacia la puerta del saloncito, desde donde echó una hosca mirada a los cuadros de ejecuciones y torturas—. Otra cosa, *madame*: a mi regreso de La Maison pasaré a buscar esos gatitos que usted quería ahogar. Me disgustaría mucho que ya no estuvieran a mi disposición... vivos, naturalmente. Hasta entonces, *madame*. Ah: felicite a «Minou» de mi parte, ¿será tan amable?

—¡Oh, Dios mío! —rió Monique—. ¡Habría dado cualquier cosa por estar allí! ¿Eso le dijiste? ¿Que felicitase a la gatita?

Adrien Germont besó un pezón a Monique, y luego el otro, y finalmente la besó en la boca. Ella emitió un gemidito, se abrazó a su cuello, y correspondió al beso con todo entusiasmo... En la amplia habitación de la casa del Boulevard Garibaldi se hizo el silencio completo. Desnudos completamente, abrazados en la enorme cama, Adrien Germont y Monique Courcel tenían cosas más agradables que hacer que charlar de Marie Villeneuve.

Y las hicieron. Luego todavía permanecieron abrazados un buen rato, unidos, hasta que Adrien murmuró:

—Sí, eso hice: le dije que la felicitase. Se llama «Minou».

Besó en la boca a Monique, que suspiró, y se tendió a su lado.

—¿Y qué piensas hacer con los gatitos? —preguntó Monique.

—Ya pensaremos algo. Pero no ahora. ¿Te parece que durmamos un poco? Tenemos muchas cosas que hacer mañana antes de llegar a esa isla y pedir un café turco con sacarina...

CAPÍTULO IV

—Dos cafés turcos con sacarina, no con azúcar, por favor —pidió Adrien Germont. El camarero del café Le Ciel asintió, sonriente, y se dirigió hacia el mostrador:

Sentados a una mesita junto a una de las ventanas del café, Adrien y Monique contemplaron el puerto de Le Palais, al que habían llegado poco antes en una hermosa lancha.

Pero el viaje desde París no había sido tan sencillo. Habían tenido que recorrer en automóvil los quinientos kilómetros que separan la capital francesa de la localidad de Quiberon, en el Nordeste del país galo. Aquí, en la pequeña, encantadora y pulcra Quiberon, habían alquilado la lancha, prefiriendo viajar solos que tomar uno de los transbordadores que hacían el servicio regular entre Quiberon y Belle-Ile.

De todos modos, el viaje, iniciado muy temprano por la mañana, y tomado con calma, había sido agradable y entretenido, pasando por Le Mans y Rennes.

—Es un sitio agradable y pintoresco —dijo Monique—. Nunca antes había estado aquí.

¿Y tú?

—Tampoco.

Lo primero que se veía al acercarse a Belle-Ile era el viejo muro de la fortaleza, y los árboles que se recortaban por encima de él contra el cielo nítidamente azul. Luego aparecía el puerto, atestado de embarcaciones de recreo blancas, azules, y alguna roja. Al fondo, las fachadas de los edificios que miraban hacia el abrigado puerto, con sus tejados de oscura pizarra.

—Es bucólico —dijo Monique.

—Sí.

—Me estaba preguntando para qué podía querer Langevine esa película de sus... amores con Gabrielle que hizo tomar

clandestinamente al tal Ives Tourner. ¿Crees que Langevine pretendía someter a Gabrielle a alguna clase de chantaje? ¿Te parece aceptable?

—No sé qué pensar al respecto. Lo que me estaba preguntando yo es otra cosa. Si no fueron los de La Maison quienes asesinaron de modo tan... exótico a Langevine, ¿quién fue? Espera, espera, haré la pregunta cíe otro modo: ¿quién más interviene en esto, aparte de La Maison. Gabrielle y el propio Langevine?

Monique movió la cabeza negativamente, y se quedaron mirándose. ¿Quién más? ¿Cómo saberlo? Las cosas estaban así: Langevine y Gabrielle se encuentran en La Maison, donde hacen el amor: Langevine encarga al tal Ives Tourner que tome una película de él y la Desrochers mientras están realizando el acto sexual: Langevine se va, llevándose la película sin que Gabrielle sepa que tal película ha sido filmada; pero, al poco, la dirección de La Maison se entera de la existencia de dicha película, y envía a algunos hombres a pedírsela a Langevine, que se niega a devolverla; entonces, Langevine es mordido por tres víboras, y muere: pero no han sido los de La Maison los que le han colocado esas víboras en el coche. ¿Quién, entonces?

—También me pregunto —murmuró Monique— por qué Langevine y Gabrielle decidieron reunirse aquí para sus cosas. ¿Qué tiene de malo París?

—Parece evidente que los dos vinieron a La Maison en busca de placeres.

—Debiste preguntarle más cosas a Marie Villeneuve. De todos modos, si ellos dos vinieron aquí secretamente en busca de placeres, ¿por qué relacionarse uno con otro para obtener esos placeres? No tenían que salir de París, para eso, insisto.

—Vinieron a buscar placeres diferentes al que disfrutaban en la fotografía, está claro... Ahí viene el café.

—Es la primera vez que veo venir un café —rió Monique, divertida—. Generalmente, lo traen, no viene. ¿Crees que será turco de verdad?

—Eso es lo de menos. Lo que me fastidia es la sacarina.

—¡A mí también! —rió de nuevo la rubia y bellísima Monique—. La sacarina es para personas que tienen problemas de salud o de... tamaño. ¿Por qué será que nosotros no engordamos?

—Llevamos muy mala vida.

Otra vez rió Monique. El café lo traía una camarera, no el camarero que había tomado el pedido. Una muchacha de unos veinte años, hermosota, sonrosada, pelirroja, rebosante de salud, dotada de unos grandes y brillantes ojos verdes. Una preciosidad.

—Café turco con sacarina —dijo alegremente—. Me llamo Myléne.

—Hola, Myléne —dijo Adrien—. Ella es Monique. Yo soy Adrien.

—¿Matrimonio? —preguntó la muchacha.

—Estamos unidos por vínculos de más confianza —dijo riendo Monique—. Me refiero a eso que llaman amor.

—La felicito, señorita. ¿Van a permanecer mucho tiempo en la isla?

—Depende de lo bien que lo pasemos en La Maison —deslizó Adrien.

—¿La Maison, señor?

—Nos habló de un lugar así una antigua amiga mía, *madame* Marie Villeneuve, de París. ¿Sabe usted dónde está La Maison?

—Pues no... No, señor, pero puedo preguntar para ustedes.

—Se lo agradeceríamos mucho.

La muchacha sonrió una vez más, y se retiró. Monique y Adrien, simplemente, cambiaron una mirada, y se dedicaron a tomar el café, optando los dos por prescindir de la sacarina, simplemente.

—Pues parece turco —dijo Monique.

—La pelirroja va a telefonear.

—Anticuado sistema de comunicación, pero siempre eficaz. Bueno, si se llama Myléne es claro que no puede ser ni Aimé ni Alphonsine. ¿A que no adivinas en quién estoy pensando ahora?

—No.

—En «Minou». ¿Crees que debe estar dando de mamar a sus hijitos?

—Por el bien de la bruja, que así sea. Soy capaz de romperle de verdad la espalda si los ahoga.

—¿Y qué le harías si ella dijera que nunca te había visto antes y que los de La Maison se encarguen de ti, de nosotros?

Adrien volvió la cabeza otra vez hacia la pelirroja, que acababa de colgar. Miró a Monique.

—Esa bruja no tiene agallas para tal cosa.

Myléne se acercó a ellos, siempre sonriente.

—*Monsieur*, acabo de preguntar por teléfono a un amigo respecto a La Maison, y me ha asegurado que le suena, pero que no está seguro. Va a preguntar a otro amigo... No creo que tarde mucho en llamarme.

—Muchas gracias, Myléne. Es usted muy amable.

—Si se aburren aquí pueden dar un paseo por el puerto. Es entretenido. Y no se preocupen: en cuanto sepa algo de La Maison los encontraré a ustedes.

—Es una buena idea —sonrió Monique—. ¡Me encanta pasear junto al mar! ¿Vamos, mi amor?

—Cuando gustes —se puso en pie Adrien Germon.

—Hasta luego, Myléne —se despidió Monique, siempre sonriente.

Salieron del café Le Ciel, y se encaminaron al paseo del puerto, frente a ellos. Durante unos minutos estuvieron caminando cerca del agua, contemplando los escasos pesqueros. En otro tiempo había habido muchos en el puerto de Le Palais, pero actualmente predominaban las embarcaciones de recreo. Belle-Ile se había convertido en un atractivo lugar turístico. En un yate surto junto al muelle, varias jovencitas que estaban riendo se quedaron mirando atónitas a Adrien, que pareció no darse cuenta. Monique rió, y él la miró inquisitivo.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Si estuvieras solo ya habrías encontrado buenas amistades para esta noche.

—Son demasiado jóvenes y tontas —dijo Adrien.

—¿Quiénes? —Le miró maliciosamente Monique.

El frunció el ceño, y eso fue todo. Continuaron paseando apaciblemente, y apenas llevaban haciéndolo veinte minutos cuando un hombre se acercó a ellos. Los dos lo vieron en seguida, y se quedaron mirándolo. El hombre se detuvo, y les sonrió.

—*Madame, monsieur*..., ¿aceptarían dar un paseo en coche?

—Gracias —dijo Monique—, pero preferimos pasear a pie por aquí. Es un lugar encantador.

—Sí, *madame*. Pero hay placeres mejores que pasear a pie. Aunque quizá me he equivocado y no son ustedes quienes han

venido a la isla en busca de placeres interesantes.

—Entendido —asintió Adrien; señaló hacia donde habían dejado amarrada la lancha—. Supongo que será conveniente que vayamos a recoger algunas cosas a la lancha antes de ir de paseo con usted.

—No hace falta, *monsieur*. Si usted me da las llaves me encargaré de que sus cosas sean recogidas y llevadas a lugar seguro.

De nuevo asintió Adrien, tendiendo las llaves al hombre.

—La lancha es alquilada, así que tenga cuidado con ella, por favor. Nuestras maletas están a la vista, todo en orden.

El hombre tomó las llaves, y echó a caminar alejándose del puerto, seguido por Monique y Adrien. Pasaron cerca del Le Ciel, en cuya puerta estaba la pelirroja Myléne, que les hizo un simpático saludo con el brazo. Un hombre se acercó al que había abordado a Monique y Adrien, se hizo cargo de las llaves tras una breve conversación con su compañero, y se encaminó hacia el puerto. Un poco más allá estaba el coche, un venerable y elegante «Mercedes». El hombre abrió la portezuela derecha de atrás, entró Monique y luego lo hizo Adrien. El hombre se puso al volante, y encendió el motor.

—Entiendo que es la primera vez que vienen ustedes a la isla, *monsieur* —dijo, mirando a Adrien por el retrovisor.

—Sí.

Les gustará. En invierno es un tanto inhóspita, pero en este tiempo casi estival, con su clima suave, es maravillosa. Si desean tomar un aperitivo tienen bar frente a ustedes.

Monique sonrió, bajó la tapa del pequeño bar empotrado en el respaldo del asiento delantero, y echó un vistazo. Había incluso una cubitera con cubitos de hielo y unas pinzas. Monique tomó dos copas, y las puso en las manos de Adrien. Colocó en ellas sendos cubitos de hielo, y escancié un poco de Byrrh, desdeñando Pernod, *whisky* escocés y coñac francés.

—A su salud.

El hombre los miró sonriente, siempre por medio del retrovisor. Le Palais quedó pronto atrás. Circulaban ahora en dirección al centro de la isla, hacia el Oeste. El paisaje se fue mostrando más y más pelado, debido a los vientos del Atlántico que alcanzaban aquella parte de la isla. Diseminadas, se veían granjas, y algunos hermosos chalés. Comenzaba a oscurecer lentamente.

El timbre de un teléfono sonó en el interior del coche, y el conductor sacó el auricular de la caja colocada junto a él.

—Roger al habla. —¿...?

—Sí, sí. Estoy camino de La Maison, con los invitados. Llegaremos en pocos minutos.

—...

—Muy bien —colgó, y volvió un instante la cabeza—. La dirección de La Maison tiene sumo gusto en ofrecerles por anticipado su bienvenida, *madame* y *monsieur*.

—Muy amables, gracias. Esperamos que todo sea... interesante como mi amiga Marie me ha dejado entrever.

—Por supuesto, *monsieur*. ¿Está bien *madame* Villeneuve?

—Está magníficamente. Y muy contenta: su gatita «Minou» acaba de ser madre de tres preciosos cachorritos.

—¿Y *madame* Villeneuve está contenta por eso?

—Mucho. Al parecer tiene pensado algo divertido con esos gatitos.

Roger asintió, y a los pocos segundos desviaba el coche, sacándolo de la aceptable carretera por un camino cuidado, pero menos cómodo. Al fondo, a unos quinientos metros, Monique y Adrien divisaron las formas de unas cuantas edificaciones. Roger murmuró:

—Es un pequeño núcleo de granjas que fueron compradas hace algún tiempo y acondicionadas debidamente. No se fíen de su aspecto exterior: el interior es sumamente confortable.

Ni Monique ni Adrien dijeron nada. Cada uno miraba hacia el frente, pero a distinto lado de la marcha del coche. Vieron un tractor, y dos hombres en él. Luego, un hombre solo, montado en una bicicleta, paseando plácidamente. Ya un poco más cerca vieron un grupo de personas jugando a la petanca. El ambiente no podía ser más tranquilo y encantador. Cuando el «Mercedes» se detuvo frente a una de las edificaciones, vieron la gran cantidad de flores que creían en aquella parte, abrigada de los vientos.

—La dirección les está esperando —dijo Roger.

Salió del coche y abrió la portezuela. Monique cerró la tapa del bar, y se apeó, mientras Adrien lo hacía por el otro lado. Un poco más allá, sentadas en un banco, dos damas de unos sesenta años conversaban lánguidamente.

—Por aquí, por favor.

La puerta era grande y destartada, pero había sido restaurada de modo que resultaba encantadoramente campesina. Roger la empujó, y se apartó. Se encontraron en lo que originariamente debió ser el recibidor-cocina-comedor de la granja. Ahora estaba decorada con hermosas pinturas, alfombras, muebles confortables y lujosos. Había un piano a la derecha. Del techo pendía una suntuosa lámpara. Un pasillo se abría al fondo, y se veía una puerta a la izquierda. Frente a esta puerta, ante una mesita de estilo romántico había una jovencita rubia, preciosa, que se había puesto en pie y acudí hacia ellos muy sonriente.

—Gracias, Roger; puedes retirarte. *Monsieur* Germont, *madame* Villeneuve nos ha asegurado que es usted un gran amigo de ella desde hace mucho tiempo, pero no mencionó a la señorita Monique.

—Digamos —sonrió Adrien— que es una... adquisición de la que todavía no he comentado nada con Marie.

—Entiendo. Sean bienvenidos, por favor, pasen; les están esperando. Mi nombre es Babette.

—Es usted muy amable, Babette.

La muchacha abrió la puerta. En seguida se percibía que tras ella había un despacho. Un despacho amplio, luminoso. Cuando entraron percibieron en el acto el buen gusto y la ligereza de la decoración.

Y en seguida vieron a las dos mujeres, que acudían a su encuentro. Podían ser hermanas, desde luego. Aunque quizá su parecido fuese más debido a su atuendo que a su físico. Eran muy hermosas, y debían tener apenas cuarenta años. Las dos eran morenas, de grandes ojos oscuros, boca grande y sonriente: iban exquisitamente maquilladas, y sus idénticos vestidos de color azul, de tarde, eran elegantes sin la menor objeción. Para resumir, eran dos encantadoras damas..., que provocaron un difícilmente contenido escalofrío en Monique Courcel, al ver de cerca sus ojos, su expresión.

—*Monsieur* Germont ¿cómo está? —saludó una de ellas—. Soy Aimé, y ella es Alphonsine, las dos deseamos que hayan tenido buen viaje desde París.

—Encantado. Sí, gracias, muy buen viaje. Ella es Monique Courcel, mi... acompañante desde hace un par de años.

—Oh, muy bien. ¿No quieren sentarse? ¿Tomarán algo?

—Hemos tomado aperitivo en el coche, gracias.

—En ese caso, se les habrá abierto el apetito para la cena —dijo Alphonsine—. Sus equipajes no tardarán en llegar, de modo que si lo desean, pueden ir directamente a su habitación. Podemos dejar para mañana las formalidades de su ingreso en La Maison.

—No, no. Prefiero dejarlo todo terminado esta noche. A partir de mañana por la mañana no quiero pensar nada más que en... Bien, digamos en pasarlo agradablemente.

—Es una decisión muy inteligente —dijo Aimé—. La vida es para gozar de ella lo máximo posible y en todo momento. Me pregunto si desean compartir una habitación o prefieren... Llevar una vida independiente en La Maison.

Las tres mujeres se habían sentado, dos en el sofá y Monique en un sillón. Adrien ocupó otro sillón.

—¿Qué nos sugieren ustedes? —preguntó.

Bueno, *monsieur*, depende de la clase de placeres que ustedes hayan venido a buscar a La Maison. Evidentemente, deben ser ustedes quienes decidan si los prefieren disfrutar juntos o por separado.

Adrien reflexionó unos segundos.

—Creo —dijo al fin— que lo mejor será que tengamos aposentos diferentes. Si hubiera algún placer que nos gustase disfrutarlo juntos siempre podemos ponernos de acuerdo, ¿no es así?

—En efecto. Las formalidades de inscripción son muy simples. Cada uno de ustedes deberá rellenar una ficha con sus datos personales, lugar de residencia, y esas cosas. En el apartado de observaciones pueden ustedes anotar aquellos placeres que gocen de sus preferencias, e inmediatamente La Maison se encargará de conseguirlos. Cada ficha cuesta, en concepto de inscripción, veinticinco mil francos.

Aimé y Alphonsine miraban atentamente a Monique y Adrien. Éste alzó las cejas un instante.

—Eso serían unos... catorce mil dólares, creo. ¿Les va bien un cheque contra un Banco suizo, en dólares?

—¡Por supuesto, *monsieur*!

Adrien sacó un talonario y un bolígrafo, y extendió el cheque. Cuando lo tendió hacia Aimé, explicó:

—Naturalmente, es una cuenta... especial, ustedes entienden.

—*Monsieur* —rió Alphonsine—, ¡todo lo que nos interesa de su cheque es que pueda hacerse efectivo! Por lo demás, sus... manejos fiduciarios no son de nuestra incumbencia.

—Entonces, todo está bien.

—Les proporcionaré las fichas. Pueden ustedes rellenarlas aquí mismo mientras nosotras vamos a disponer el arreglo de sus alojamientos.

—Muchas gracias.

Alphonsine sacó dos fichas de color rosa de un cajón de la mesa escritorio, y acercó una silla, mientras Aimé acercaba otra. Luego, tras una sonrisa, ambas abandonaron el despacho. Monique no se había movido. Adrien alzó la cabeza, y fue mirando lentamente a todos lados. El silencio era increíble.

—Son dos damas encantadoras, ¿verdad? —dijo sonriente Monique.

—Sí. Lo pasaremos bien aquí, ya verás.

—Así lo espero. Aunque después de tanto viajar quizá debimos descansar en París unos días antes de venir aquí, ¿no crees?

—Bueno, Marie me habló de este lugar, y me pareció interesante conocerlo. A los dos nos gustan los placeres.

—Es fácil comprender que el sexo será uno de ellos —dijo Monique—. Entiendo que podemos gozar de eso... por separado, mi amor.

—No necesariamente. Digamos que ambos vamos a ser libres por unos días de hacer lo que queramos, sin tener que dar cuentas al otro. ¿Te parece bien?

—Si te lo parece a ti, a mí también. ¿Qué pone en esas fichas?

Se acercaron los dos, y se sentaron, acercando una silla a la otra. La ficha en cuestión no contenía nada especialmente interesante, salvo, precisamente, el apartado de Observaciones, destinados a anotar los placeres preferidos de cada uno. Adrien y Monique cambiaron una mirada, y ella escribió en seguida en su ficha: *sorpréndame*. Adrien fue bastante más concreto y al mismo tiempo menos exigente, y también los resumió en una sola palabra: *todos*.

Monique, que le vio escribir, rió al leer la palabra.

—¡Pero, querido, eso es un tanto ambiguo! Deberías darles una pista, al menos.

—¿Para qué? El mundo está lleno de placeres, y por cincuenta mil francos creo que tengo derecho a no calentarme la cabeza con elecciones. Que me proporcionen todos los que tengan. Yo diría que tú eres más exigente.

Monique volvió a reír, y regresó al sillón. Encendió un cigarrillo. Adrien, vuelto en la silla, la contemplaba. Monique fue mirando alrededor mientras fumaba, como abstraída. Cuando miró a Adrien, parpadeó repetidamente. Nadie habría prestado atención especial a los parpadeos de Monique, pero Adrien sí lo hizo, porque sabía que ella estaba utilizando el viejo truco de otras veces, utilizando los párpados para enviarle un mensaje en morse:

«Hay sistema de escucha y de televisión».

«Ya lo sé» —replicó Adrien, por el mismo procedimiento—. Parece un sitio muy agradable —dijo Monique—. Incluso he visto unos encantadores viejecitos a la petanca.

—No quiero dárme las de listo pero me parece mucho dinero veinticinco mil francos por cabeza para pagarlos por venir aquí a jugar a la petanca. Esperemos que puedan ofrecernos bastante más que eso.

—A lo mejor es que, además de jugar a la petanca, les dejan ganar siempre —rió Monique.

—Sigue siendo caro.

—¿No le preguntaste a tu amiga Marie cuánto costaba esto?

—Ni se me ocurrió.

—Eso demuestra que no es dinero lo que necesitas en la vida, sino... distracciones. Podríamos...

La puerta del despacho se abrió, y entró Alphonsine, que les dirigió una sonriente mirada.

—Sus cosas han llegado ya. Con mucho gusto les acompañaré a sus respectivas habitaciones. Tienen todavía tiempo de cambiarse de ropa si desean cenar en el comedor colectivo.

—Me parece que ésa es una buena idea —dijo Monique—. Así conoceremos a nuestros vecinos. Estoy segura de que serán todos ellos gente encantadora.

Alphonsine la miró con extraña sonrisa. Se acercó a la mesa, echó una mirada a las fichas, y las volvió a dejar, sin alterarse en absoluto y sin hacer ningún comentario. Volvió a la puerta, y les hizo un gesto de invitación.

Salieron los tres al exterior. Alphonsine señaló otra de las construcciones.

—Allí está el comedor y la sala de descanso, así como la cocina y servicios, naturalmente. Esta casa —señaló la que acababan de abandonar, es para Aimé y para mí. Aquella otra, para los empleados que sirven en La Maison. Las demás han sido habilitadas exclusivamente para habitaciones. Espero que las encontrarán confortables. Están en la misma casa, pero en diferente habitación: la señorita Courcel en la seis; usted, señor Germont, en la nueve.

—Muy bien.

Fueron hacia la granja habilitada para habitaciones en la que estaban la seis y la nueve. La distribución era simple. Habían sido derribados todos los tabiques de las casas, para construirlos luego nuevos formando un amplio pasillo y habitaciones a cada lado. Diez en total, en aquella casa.

Alphonsine entregó a cada uno su llave frente a la habitación seis, y sonrió.

Esperamos tener el placer de verles con nosotros durante la cena.

—Desde luego.

Alphonsine se retiró. Monique empujó la puerta de su habitación, y entraron los dos. Las maletas de ella estaban allí. Frente a la puerta había una ventana. A la derecha la puerta del cuarto de baño privado. El dormitorio estaba delicadamente tapizado en azul, y alfombrado en el mismo color. Una hermosa cama, un buró, un diván y dos sillones, una silla frente al buró, un tocador... Todo estaba limpio, impecable, perfecto, como en cualquier hotel de categoría de lujo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —se ofreció Adrien.

—No, gracias, mi amor. ¿Te parece que nos encontremos en el comedor?

CAPÍTULO V

En el comedor Monique comenzó a llevarse sorpresas, aunque todavía no formaban parte de las destinadas especialmente a ella. Lo primero que le llamó la atención fueron los antifaces con que algunos de los comensales se cubrían el rostro, tanto hombres como mujeres. Negros antifaces de seda dignos del más sofisticado baile de máscaras. Adrien ya estaba sentado a la larga mesa, y le dirigió una mirada aparentemente impávida, pero en la que Monique acertó a vislumbrar la chispa de ironía.

—Ah, querida —se le acercó Aimé—, llega usted un poco tarde. Creíamos que había optado por no venir, y nos disponíamos ya a cenar.

—Lo siento...

—Oh, no se preocupe. Venga, por favor... Éste será su sitio en el comedor. Aunque no tiene importancia, ya que puede sentarse en otro si lo desea. Bueno, nunca presentamos a nadie salvo petición especial, y nuestros invitados ya se van conociendo. Como es lógico, todos los que vienen al comedor es porque desean relacionarse, pero vamos dejando que cada cual vaya tomando sus propias iniciativas...

—Sí, lo comprendo. Gracias.

Monique se sentó, quedando frente a Adrien y un poco a su derecha. Junto a ella, en ese lado, tenía a un caballero de cabellos grises, de los que utilizaban antifaz. A la izquierda, otro caballero, más joven y sin antifaz, al que no había visto nunca. Pero, frente a ella exactamente, había un hombre de unos treinta y cinco años cuyo rostro conocía sobradamente, pues era tan famoso como el de Gabrielle Desrochers en el cine. Un apuesto galán francés de cautivadora sonrisa, que la miraba sonriente..., sentado junto a una anciana dama cuya expresión no era nada amable.

Al instante siguiente, Monique vio a Gabrielle Desrochers.

Estuvo tentada de disimular su reacción, pero eso habría sido más sospechoso que lo que hizo.

—Pero... ¿no es usted Gabrielle Desrochers? —exclamó.

La actriz cinematográfica la miró, sonrió apenas, y asintió con la cabeza, reemprendiendo a continuación su charla con el cincuentón caballero de rostro descubierto que tenía a su izquierda..., y al que Monique conocía también: salvo que estuviera viendo visiones, era un importante personaje político, miembro del Parlamento británico. Miró de nuevo al atractivo hombre sentado frente a ella.

—Perdone... ¿No es usted el actor Jean Malroux?

—En efecto —asintió sonriente el guapo galán.

—Oh, bien... Bu... bueno, resulta... muy agradable encontrarlo aquí, señor Malroux.

—Lo mismo digo —rió el actor.

Monique desvió la mirada al ver cómo la miraba a ella la dama anciana que había estado departiendo con Malroux. Un poco más allá, a la derecha de Adrien Germont, vio a una espléndida joven de raza negra, cabellos peinados con docenas de trencitas diminutas, y con un vestido de noche escotadísimo. Monique conocía perfectamente a la bellísima y escultural joven negra: Leone Dickson, la famosa cantante de *jazz* norteamericana. Junto a ella, una mujer de unos cincuenta años, gorda, cargada de joyas, se dedicaba a acariciar continuamente la negra piel sedosa de la bella negrita.

—Es todo muy interesante, ¿verdad?

Monique miró al caballero de su derecha, que había vuelto hacia ella su rostro cubierto por el antifaz, y sonreía. Se veía el brillo de sus ojos oscuros, y le pareció que su boca era pequeña y cruel.

—Sí... Mucho, en efecto, *monsieur*.

—No la reconozco a usted como ninguno de los personajes famosos, de modo que es evidente que está aquí como clienta, y no como... animadora.

—Si..., como clienta, desde luego.

—Es una lástima. Pero de todos modos, quizá le guste a usted jugar al parchís.

—¿Al parchís? Bueno, realmente, casi he olvidado ese juego, *monsieur*.

—Hacemos unas emocionantes partidas de parchís por las

noches, después de la cena. Si le interesase en algún momento, puede venir a mi habitación: la cuatro, en la casa tres. Puede llamarme Apolo.

—Es usted muy amable. Pero no quisiera desencantarle, *monsieur*. Considero el parchís un juego... poco divertido.

—No se lo parecería así si lo jugara como lo hacemos nosotros.

—¡Oh! ¿Y cómo Jo hacen?

—Venga a verlo —rió Apolo.

Comenzaron a servir la cena, realmente exquisita. La conversación no era generalizada, sino múltiple, en pequeños grupos. Se hablaba en voz baja, aunque de cuando en cuando se oía alguna risa. Monique dedicaba su preferente atención, aunque disimuladamente, a Gabrielle Desrochers.

¿Qué hacía allí la actriz? ¿Qué estaba ocurriendo realmente? Por supuesto, las intenciones sexuales del caballero que conversaba con Gabrielle eran más que evidentes. Ella sonreía con frecuencia, pero Monique alcanzó a captar la poca espontaneidad de su sonrisa, y, además, aquellas fugaces expresiones de inquietud, incluso de temor. ¿No estaba allí por su voluntad? Al parecer, todos los demás lo estaban. ¿Por qué no Gabrielle Desrochers? ¿Qué había ocurrido realmente entre ella y Jacques Langevine?

La conversación de Monique se centró en el caballero del antifaz que tenía a su derecha, aunque de cuando en cuando el guapo Jean Malroux intervenía, lo que no parecía hacer ninguna gracia a la anciana dama de expresión nada amable. Monique tuvo la impresión de que la dama en cuestión trataba a Jean Malroux poco menos que como si fuese propiedad privada de ella... En cuanto a la mujer gorda cargada de joyas, Seguía acariciando la sedosa piel de la bella Leone Dickson, que era la que con más frecuencia reía.

—Podemos tomar café en la sala —dijo Apolo, al terminar la cena.

—¿Y su partida de parchís?

—Oh, no hay prisa. Tenemos toda la noche por delante. ¿Se anima a participar?

—Esta noche estoy un poco cansada. Madrugué mucho para viajar desde París hasta la Mansión. Creo que ni siquiera tomaré café.

—¿Le quita el sueño? —rió Apolo.

—No, no. Simplemente, estoy cansada, así que voy a retirarme. Espero que nos veremos mañana, *monsieur*.

—Por supuesto.

Todos se estaban levantando de la mesa. Monique miró a Adrien, simplemente, y se despidió de todos con un «buenas noches». Aimé se acercó a ella.

—¿Se retira ya, señorita Courcel?

—Sí. Estoy muy cansada.

—Lo comprendo. ¿Desea que le lleven algo a su habitación? Pida lo que quiera, querida.

—Francamente —sonrió Monique—, lo único que deseo esta noche es descansar. Buenas noches, Aimé.

Ésta sonrió, y se quedó mirándola mientras Monique se alejaba tras hacer un gesto de despedida a Adrien, que asintió. Ciertamente, Monique parecía muy cansada.

Pero todo su cansancio se esfumó en cuanto estuvo a solas en su habitación, en la que sabía ya que no había sistema de vigilancia visual, aunque posiblemente sí acústico. Sacó de una de sus maletas un pijama azul oscuro, se lo puso, apagó la luz, y se tendió en la cama, en la que permaneció unos quince minutos, inmóvil. Luego se levantó, y se acercó sin hacer el menor ruido a la ventana, la alzó con todo cuidado, y, sin más, saltó al exterior.

Regresó a su habitación por el mismo camino veinte minutos más tarde..., sabiendo ya que La Maison, es decir, el conjunto de casas que la formaban, estaba rodeada de unos cuantos hombres que efectuaban una vigilancia férrea, casi todos ellos provistos de bicicletas con las que se desplazaban rápidamente de un lado a otro, pero no en todo momento, sino a intervalos. Estaba claro que nadie podía llegar ni salir de La Maison sin ser visto.

Estremecida de frío, Monique Courcel volvió a acostarse, y unos minutos más tarde, tras haber entrado en calor, quedaba dormida.

Cuando despertó estaba amaneciendo.

Se quedó inmóvil, escuchando, tendiendo su fino oído. Pero no había nada que escuchar.

¿O sí?

Se incorporó en la cama, y aguzó más el oído. Sí, se oía algo, pero no sabía dónde. Un minuto más tarde, Monique saltó de la cama, se acercó al centro del dormitorio, y se arrodilló, sobre la

alfombra, aplicando un oído a ésta. Tardó pocos segundos en convencerse de que los sonidos provenían de allí, de debajo de la alfombra. Procedió a apartar ésta, siempre silenciosamente. Se quedó mirando la rectangular marca visible en las tablas del confortable piso. Luego se puso en pie, fue al cuarto de baño, y de su neceser sacó el peine. La súbita idea le hizo mirar en el doble fondo del neceser. Apretó los labios cuando comprobó que su pistolita no estaba allí.

Tras unos segundos de vacilación, regresó con el peine en una mano sobre la trampilla. Se colocó a un lado, apretó el borde del peine, y apareció el agudo estilete de acero, que introdujo en la ranura, forzando lo suficiente para alzar la trampilla.

Abajo todo era oscuridad, hacia allí se perdía la sencilla escalera de madera aplicada a un lado del recuadro. Monique bajó la tapa, escondió el estilete, colocó bien la alfombra, y salió de la habitación.

Segundos más tarde entraba en la de Adrien Germont..., y se quedaba mirando la cama vacía. Siempre sigilosamente, procedió a buscar la pistola de Adrien donde sabía que él la escondía siempre en una de sus maletas. El arma no estaba allí. Guardó la maleta, y se colocó en el centro de la habitación, dubitativa. ¿Por qué no? ¿Acaso sólo iba a haber trampilla secreta en la habitación que había ocupado ella?

Apartó la alfombra, y vio la trampilla. Seguramente, era un sótano común a todas las habitaciones, a todas las casas. Se irguió, miró de nuevo la cama, y captó entonces el pequeño bulto que había en el centro, bajo la ropa. Desconcertada, se acercó, alzó la ropa echándola hacia atrás, y se quedó mirando el pequeño bulto. Durante unos segundos su mente quedó en blanco. Luego identificó lo que estaba viendo: es decir, lo había identificado en seguida, pero su mente se había negado a admitir la información de los ojos, la había estado rechazando.

Era un corazón.

Un corazón humano, rodeado de salpicaduras de sangre.

Monique Courcel palideció horrorosamente, su rostro se desencajó, y acto seguido sus piernas comenzaron a temblar. Cayó de rodillas, y se llevó las manos al rostro. Sentía la garganta como si fuese de lija, seca, áspera. El corazón parecía enloquecido en su

pecho. Había en sus oídos como un zumbido, en su cabeza como un mareo de espanto y náuseas.

Permaneció así, arrodillada, varios minutos.

Luego se puso en pie, colocó bien la alfombra sobre la trampilla, y salió de la habitación de Adrien Germont, regresando a la suya. Se metió en la cama. Dentro de su cabeza parecía haber un tambor. Le dolían las sienes. ¿Lo habían matado y le habían... arrancado el corazón? ¿A él? Eso no era tan fácil.

Recordó que había dejado la cama de Adrien abierta. Saltó de la cama, siempre sigilosamente, y volvió a la habitación de él. Colocó bien la ropa, como si no hubiera sido tocada, y regresó de nuevo a su habitación. Se metió de nuevo en la cama.

¿A él? ¿Lo habían matado a él?

Al poco, comenzó a oír el sonido de un tractor, lejano, amortiguado.

Saltó de nuevo de la cama, se duchó, se vistió, y salió al pasillo. Una vez más volvió a la habitación de Adrien Germont, empujando ahora la puerta con fuerza. Se asomó al interior de la habitación.

—¿Adrien? —llamó—. ¿Estás en el baño? ¡Adrien!

Naturalmente, no obtuvo respuesta. Volvió a su habitación, y descolgó el auricular del teléfono.

—¿Sí? —Oyó La voz de Babette.

—Babette, soy Monique Courcel, de la seis. El señor Germont no está en su habitación... ¿Sabe usted algo de él?

—No, lo siento.

—Bueno, parece que ha pasado la noche fuera de su habitación... Vaya, lo entiendo. Gracias, Babette. Ah, ¿podría decirme qué habitación y en qué casa ocupa la señorita Desrochers? Siempre la he admirado muchísimo, y me gustaría charlar un rato con ella mientras desayunamos. ¿O ella tampoco está en su habitación?

—Lo ignoro, señorita Courcel. Puede comprobarlo por usted misma: casa dos, habitación cinco... ¿Prefiere que la llame por teléfono interior y le diga...?

—No, no. Iré a verla. Hasta luego.

Colgó, se aseguró de que el peine estaba introducido entre sus cabellos y salió de la habitación y de la casa. Lucía un apenas tibio sol por entre leves brumas que iban disolviéndose rápidamente. A lo

lejos vio el tractor. Luego, a dos hombres paseando en bicicleta.

«Lo único que no puedo hacer —se dijo— es perder la serenidad. Si están jugando conmigo, tengo que seguir el juego, eso es todo».

Llegó ante la casa dos, entró, y buscó la puerta cinco, que no estaba cerrada con llave. Entró.

En la cama, la mujer gorda y la negrita Leone Dickson, completamente desnudas, estaban abrazadas. Se volvieron al oír la puerta, y una expresión de furia apareció en el rostro de la mujer gorda.

—¿Qué hace usted aquí? —gritó—. ¡Salga de mi habitación!

Monique ni siquiera se molestó en disculparse. Retrocedió, atrayendo la puerta, que cerró. Su espalda chocó con algo denso, macizo. Se volvió rápidamente, y lanzó una exclamación al ver al enorme gorila erguido ante ella.

—¡Grraorrrggg! —rugió el gorila, abriendo los brazos, para atraparla entre ellos.

Monique reaccionó rápidamente, pasando por debajo de uno de los brazos y echando a correr hacia la puerta de la casa, de la que salió disparada. El gorila salió tras ella, pesado, bamboleante, agitando los brazos. Monique siguió corriendo, rodeó una de las casas, y se detuvo, jadeante... Se quedó mirando, atónita, la insólita escena: el guapo actor Jean Malroux estaba completamente desnudo, sujeto por una correa unida al collar que rodeaba su cuello; al otro extremo de la cadena estaba la anciana dama del mal carácter, que en aquel momento exigía:

—¡Vamos, perrito, orina! ¡No voy a estar todo el día paseándote!

Malroux emitió un ladrido, se acercó a un árbol, y comenzó a orinar. Monique sacudió la cabeza... De la casa salían en aquel momento una de las parejas de ancianos que la tarde anterior había, visto jugando a la petanca. Llevaban entre ellos, sujeto por las manos, un niño de unos cinco años, que lloraba a lágrima viva.

—¡Vamos, Didi, no seas malo! ¡Tienes que ir a la escuela, y los abuelitos van a acompañarte!

—¡No soy Didi! —berreó el niño—. ¡Quiero irme a mi casa...!

—¡Estos niños...! —protestó la anciana.

El niño arreció en el llanto, pero los dos ancianos continuaron tirando de él, casi arrastrándolo.

—¡Guau, guau! —Ladró Malroux.

—¡Eres un perrito escandaloso! —le amonestó la anciana—. ¡No volveré a sacarte de paseo si continúas siendo así! ¡Guau, guyau!

Monique se pasó las manos por la cara... Cuando las apartó, el gorila estaba ante ella.

—¡Graaaorggg!

La agilidad de Monique le permitió esquivarlo de nuevo, y otra vez echó a correr, siempre perseguida por el gorila. Un gorila de pega, evidentemente: una piel dentro de la cual había un hombre... Monique entró en otra casa, empujó la primera puerta que apareció ante ella, y entró... Sentado frente a un televisor, un hombre se volvió, y se quedó mirándola desconcertado. Sus cabellos eran grises. No llevaba antifaz ahora, pero Monique reconoció el brillo de aquellos ojos, y la boca pequeña y cruel.

—Ah, ¿qué tal? ¡Buenos días, días buenos! —saludó el hombre, reaccionando—. ¿De modo que ha querido saber dónde estaba Apolo? ¡Pase, pase!

El hombre estaba en pijama. Había en su rostro una expresión todavía como alucinada y fascinada. Monique miró hacia el encendido televisor, en el que desfilaban imágenes... Y sonidos. Distinguió las voces en alemán, vio los soldados alemanes..., y entre ellos el grupo de famélicos y desnudos prisioneros que eran cargados en camiones. Un oficial de las SS señaló a una muchachita, dio una orden, y la muchachita, desnuda, fue arrastrada hacia uno de los barracones, hacia el que se dirigió el oficial de las SS. El camión partió. Las siguientes imágenes mostraron una fosa llena de cadáveres en las que se estaba vertiendo cal viva...

La mirada de Monique se desplazó lentamente hacia Apolo, que la miraba sonriente. Se había bajado el pantalón del pijama, y mostraba en toda su crudeza y excitación su virilidad.

—¡Ha llegado en un buen momento! —rió—. ¡Estas cosas me gustan todavía más que el parchís! ¡Cierre la puerta! ¡Aprovecharemos que el espectáculo me ha puesto...!

Monique retrocedió, cerrando la puerta..., y volviéndose vivamente, temiendo encontrarse al gorila a su espalda. Pero el gorila no estaba allí. De nuevo sentía náuseas, frío..., y una furia lenta y fría que parecía ir formando una masa tangible en su estómago, como un peso.

Salió lentamente de la casa.

A lo lejos, los dos ancianos caminaban, arrastrando a lloriqueando niño. Jean Malroux ya no estaba a la vista. Ni el gorila.

Pero sí estaban Aimé y Alphonsine frente a la puerta, mirándola amablemente.

—¿Se divierte usted, señorita Courcel? —preguntó risueña Alphonsine—. ¿La estamos sorprendiendo lo suficiente?

—De todos modos —dijo Aimé—, quizá no hemos acertado con la clase de sorpresas que a usted le gustan. Si es así, fácilmente podemos buscar algo más de su agrado.

Monique se dominó magistralmente.

—Todo está muy bien —dijo—. Espero que Adrien también esté disfrutando.

—¡Sin la menor duda!

—Me gustaría verle unos minutos. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Cree usted que él aceptará ser interrumpido en unos momentos de tan gran diversión?

—Es muy tolerante conmigo —aseguró Monique—. Sé que no se enfadará.

—Francamente, señorita Courcel, nosotras pensamos que si el señor Germont quisiera verla, o estar con usted, eso es lo que estaría haciendo... Así que, si no le importa, le haremos saber que usted desea verle, y que él decida.

—Muy bien —murmuró Monique—. Díganle que le espero en mi habitación...

—¿Por qué no le espera en la de él? —sonrió Aimé.

—Porque prefiero la mía.

—De acuerdo. Aunque se me ocurre que quizá preferiría entretener la espera charlando con la señorita Desrochers. Tenemos entendido que se interesó por ella.

—Sí, es cierto, pero Babette me gastó una broma al darme un número equivocado de habitación.

—No se enfade con Babette. Es una inteligente muchacha que cumple sus instrucciones, naturalmente. Si desea hablar con la señorita Desrochers, la encontrará seguramente en su habitación, la tres de la cabaña uno.

—Y sin bromas esta vez —rió Alphonsine.

—Muy amables, gracias. Díganle a Adrien que le espero, pues,

en compañía de la señorita Desrochers.

CAPÍTULO VI

Gabrielle Desrochers, en efecto estaba en su habitación. Cuando al abrir la puerta vio a Monique, se quedó mirándola con curiosidad y cierta desconfianza.

—¿Sí? —inquirió.

—Buenos días, señorita Desrochers. Soy Monique Courcel. Nos vimos anoche en el comedor.

—Sí, la recuerdo, naturalmente. ¿Qué desea?

—Bueno, soy una gran admiradora de usted, y me pareció que no le molestaría que charlásemos unos minutos. Parece que no tenemos cosas mejores que hacer en este encantador lugar... ¿Le parece a usted bien?

Mientras hablaba, Monique hacía gestos que primero desconcertaron y luego interesaron a la actriz cinematográfica. Monique señaló primero hacia el interior de la habitación, se tocó luego una oreja con un dedo, y acto seguido señaló hacia fuera con una mano, mientras con los dedos índice y corazón de la otra efectuaba los movimientos de dos piernas desplazándose. Gabrielle parpadeó, y asintió.

—Bueno... La verdad, me disponía a dar un paseo precisamente en este momento, señorita Courcel.

—Oh, magnífico —aprobó Monique con la cabeza—. Parece que vamos a tener un agradable día. ¡Me encanta pasear bajo el sol!

—En ese caso, no hay problema —dijo Gabrielle.

Salíó, cerró la puerta y ambas salieron de la casa. Monique esperó todavía a alejarse diez o doce metros para decir con la expresión de quien comenta trivialidades:

—Mi compañero Adrien Germont y yo estamos muy interesados, señorita Desrochers. Sobre todo, después de haber visto en París unas fotografías tomadas de una película que... protagonizaron usted y Jacques Langevine. ¡No haga gestos!

Gabrielle se contuvo; la miró con naturalidad.

—¿Cómo llegaron esas fotografías a poder de ustedes?

—Nos las facilitó la señora Langevine. ¿Sabe usted lo ocurrido al señor Langevine?

—No... No. ¿Qué le ha ocurrido?

—Murió debido a las picaduras de tres víboras.

—¡Dios mío!

—¿Realmente no lo sabía usted?

—No... ¡Claro que no!

—Tenemos la certeza de que al señor Langevine lo asesinaron precisamente por negarse a devolver la película mencionada, que quizá sí sepa usted que fue tomada por un tal Ives Tourner. ¿Tan importante era esa película?

—¿Quién es usted? ¿Y su amigo...? ¿Quiénes son ustedes?

—Detectives privados de París —sonrió Monique—. La señora Langevine nos contrató para que la encontrásemos a usted, convencida de su relación con la muerte de su marido.

—¡Yo no he tenido nada que ver con...!

—Cálmese. Charlemos tranquilamente. No digo que usted haya tenido nada que ver con la muerte de Langevine, pero sí con la película, ¿verdad? La señora Langevine la encontró después de la muerte de su marido, al buscar algo en su caja fuerte privada. Naturalmente, la reconoció a usted..., y se le ocurrió contratarnos a Adrien y a mí para que la encontrásemos y averiguáramos qué significaba todo esto. Nos gustaría mucho saberlo, señorita. Desrochers.

—No lo sé.

Monique le dirigió una amable mirada.

—Creo que debería ser sincera conmigo. Le he pedido que saliéramos de su habitación precisamente para que pudiéramos hablar con libertad. Supongo que se ha dado cuenta de que hay un sistema de escucha en su habitación.

—No —respingó Gabrielle—. ¡No me he dado cuenta!

—¿De veras? —La miró ahora con ironía Monique—. Bueno, claro, usted es simplemente una actriz, no una detective, o una espía, por ejemplo. Escuche, Gabrielle, no sé lo que está pasando aquí, y necesito saberlo antes de localizar a Adrien y tomar ambos una decisión. Usted lleva aquí ocho o diez días, ¿no es cierto?

—Sí... Sí.

—Muy bien. ¿A qué vino usted aquí? ¿A divertirse?

—No vine —murmuró sombríamente Gabrielle—. Me trajeron. Y no para divertirme, sino para que... se divirtieran conmigo los clientes de La Maison.

—¿Debo entender que la... secuestraron?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—Ya se lo he dicho: venderme a los clientes de La Maison.

—¿Sería tan amable de explicarme eso un poco mejor?

—Bueno, ya sabe lo que pasa cuando una se hace famosa y... no es precisamente fea: siempre recibe toda clase de proposiciones. He tenido muchas de muchos hombres, que me hacían regalos... El objetivo de todos ellos, claro está, era acostarse conmigo. Generalmente, los rechazaba a todos. Una no puede andar por ahí acostándose con medio mundo, así qué lo hacía cuando a mí me venía de gusto o me convenía. —Eso me parece muy inteligente.

—Pero siempre insistían muchos. Y al parecer, alguien se enteró de la existencia de La Maison, vino aquí, y dijo que quería acostarse con Gabrielle Desrochers. ¿Ha visto usted a Jean..., a Jean Malroux, quiero decir? Ah, sí, anoche estaba también en...

—Esta mañana también lo he visto —murmuró Monique—. Me pareció que una dama lo sacaba a orinar. ¿Cree que puedo haber visto visiones?

—Claro que no. Esa dama, sin duda, vino aquí y dijo que quería pasar unos días teniendo a Jean Malroux convertido en su perrillo faldero. La dirección de La Maison envió a alguien a visitar a Malroux con determinada oferta, y él aceptó. Supongo que está al corriente de estas cosas.

—Preferiría que usted me las explicase.

—Bueno, muchos actores, actrices, deportistas famosos, en fin, gente conocida, ganan más dinero vendiendo sus encantos que en sus profesiones. Pero, claro, no lo van a hacer de cualquier manera, sino efectuando una estricta, selecta y remuneradora selección. La mayor parte de sus ingresos provienen de esto, y es lo que les permite ir acumulando una bonita cuenta corriente en Suiza. Por ejemplo, ya que hablamos de Malroux, es evidente que la dama que vino aquí lo pidió a él. Se le hizo la propuesta a Malroux, y él

aceptó. Durante unos días será el perrillo faldero de esa mujer, se acostará con ella, ladrará, saldrá a pasear con el collar al cuello... A cambio de eso, posiblemente se embolsará, libres de impuestos y de cualquier otro compromiso, veinte o treinta mil francos, quizá cincuenta. Las tarifas no son nunca fijas. Luego la dama se va, Malroux vuelve a París..., y regresa aquí si alguien vuelve a solicitar sus... servicios.

—Digamos, pues, que es un... prostituto de capricho.

—Exactamente. Hay muchos así. Y muchas actrices, cantantes... Bueno, chicas guapas y famosas.

—He visto también a la cantante norteamericana Leone Dickson, con una mujer gorda y enjoyada. Esta mañana mismo, casualmente, las vi en la cama. ¿Debo entender que esa dama gorda está pagando... los favores sexuales de Leone Dickson?

—Naturalmente. Y le advierto que las mujeres pagan mejor que los hombres. Y a los hombres, les pagan mejor que a las mujeres.

—¿Qué me dice? —sonrió Monique—. Bueno, cosas de la vida. De modo que la Dickson se prostituye para tener su cuentecita... Está bien. Veamos. ¿Langevine vino aquí y la pidió a usted?

—No. Quien me pidió fue otro hombre, un alemán. La Maison envió un representante a sugerirme el asunto, y lo rechacé. Tres días más tarde, me secuestraron y me trajeron aquí. Supongo que el alemán debió pagar mucho dinero.

—Sí, pero tanto él como La Maison se han expuesto mucho sólo por ese capricho, ¿no le parece?

—¿Por qué?

—Bueno, lo menos que pueden temer es que cuando usted se marche de aquí los denuncie.

—No saldré nunca de aquí —murmuró Gabrielle, pálida.

—Entiendo. Digamos que la estarán utilizando como... una esclava mientras haya hombres o mujeres que se encaprichen de usted. Y cuando ya no resulte usted rentable, o quizá empiece a ocasionar problemas, la... eliminarán. ¿Es eso?

—Sí... ¡Oh, Dios mío, estoy tan asustada! Estoy todo el día pensando en el modo de escapar de aquí, pero sé que imposible, hay vigilancia por todas partes, aunque no la veamos...

—Buscaremos una solución a eso. Entonces, ¿el señor Langevine vino aquí a pasar unos días, la vio a usted o se la ofreció la

dirección, y él aceptó? ¿Eso fue lo que ocurrió?

—Sí.

Monique se detuvo, y se quedó mirando fijamente los ojos de Gabrielle.

—¿Esté segura? ¿Eso fue todo? ¿Langevine no sabía que usted estaba aquí?

—No, no lo sabía. Pero cuando me vio se alegró muchísimo. Me dijo... Bueno, cuando ya estábamos juntos me dijo que siempre había deseado poseerme, pero que nunca se le habría ocurrido pedirme aquí. Y menos, hacerme proposiciones en París. Es..., era muy serio.

—No debía serlo demasiado, cuando vino a La Maison. ¿Sabe usted si era la primera vez que él venía aquí, o quizá venía con frecuencia, era... cliente habitual?

—Me dijo que era la primera vez, que se había enterado de la existencia de La Maison por un amigo, y que había querido probar... Pero bien pudo mentirme, desde luego.

—Sí, pudo mentirle. ¿Para qué podía querer la película de usted y él realizando el acto sexual?

Sorprendentemente para Monique, Gabrielle Desrochers se sonrojó.

Bueno, me dijo... que le había gustado mucho estar conmigo, y que seguramente, volveríamos a vernos. Esto me lo dijo la segunda vez... En total, él me... Bueno, estuvimos juntos cinco veces en sólo dos días que él estuvo aquí. Evidentemente, si me dedicó a mí prácticamente todo su tiempo, era que le gustaba mucho, me prefería a los demás placeres... supongo que hizo tomar esa película para... No sé, para recordar... los buenos momentos cuando regresase a París. No se me ocurre otra cosa.

—¿Así de simple? —Miraba ahora incrédulamente Monique a la actriz.

—Ya le digo que no se me ocurre otra cosa.

—¿Podríamos decir, entonces, que todo esto de reunirse aquí usted y Langevine, y que él quisiera esa película..., es todo pura y simple casualidad?

—Claro.

—Vamos, Gabrielle...

—¿Qué otra cosa, si no? ¿Qué está usted pensando?

—No se excite. Bueno, quizá conseguiría saber algo más si pudiese hablar con Ives Tourner, el «cameraman» de sus amores con Langevine. ¿Lo conoce usted? ¿Es quizá alguno de los hombres que van por aquí en bicicleta, alguien del servicio...?

—Llegué a conocerlo, pero creo... creo que lo han matado.

Monique recordó el corazón humano que había encontrado en la cama de Adrien, y asintió.

—Es posible —murmuró—. Desde luego, Tourner debió tomar la película a cambio de una buena cantidad que le ofreció nuestro caprichoso Jacques Langevine. Luego, la Dirección de La Maison se enteró, y tras... conversar con Tourner, bien pudo matarlo... y enviar algunas personas a recuperar esa película. Langevine fue asesinado por ella, entonces. Es decir, que todo consiste, pura y simplemente, en las actividades de estas sorprendentes personas que han inventado La Maison, y que para mantener su seguridad, incluso matan. Yo pensaba que quizá el caso fuese más... enrevesado, que usted y Langevine quizá habían hecho o hacían algo... especial, diferente a todo esto.

—No... No.

—Entonces, todo cuanto ocurre relacionado con usted es sólo esto de La maison.

—Sí, claro.

—¿Y no ha hablado usted con nadie de otros temas, ni nadie le ha hecho preguntas de otras cosas...? ¿Todo es esto simplemente?

—Sí.

Monique se detuvo, y se volvió hacia las casas. Se habían alejado bastante, tanto que ya estaban muy cerca del cinturón de hombres que iban de un lado a otro en bicicleta, o en los dos tractores. Salvar aquel cerco estando armados, podía ser fácil. Pero escapar luego en bicicleta, sabiendo que en alguna parte había escondido un «Mercedes», y posiblemente algún otro vehículo, incluso motocicletas, era una locura. Serían cazados como conejos en el camino...

—En fin —suspiró Monique—. Algo habrá que hacer. ¡Tantos quebraderos de cabeza para venir a parar a un prostíbulo de lujo!

—No es sólo un prostíbulo.

—¿Qué?

—Eso es lo de menos... El sexo, a fin de cuentas, no causa

grandes perjuicios. Hay otras cosas... escalofrantes.

—¿Qué cosas?

Quizá usted piense que estoy loca, pero... creo que, más que en busca de sexo, la gente viene aquí en busca de otros placeres. Estoy convencida de que hay sádicos, masoquistas, maníacos de toda clase, gente cruel, criminales...

—¿Ha visto usted algo de eso?

—Directamente, no, pero soy muy observadora. Pasan cosas raras... Algunas noches he oído llantos de niños, y a veces, quejidos de dolor, golpes... Y hasta alaridos. Pero no sé de dónde vienen, parece como si sonasen sólo dentro de mi cabeza. No sé si habrá visto usted dos ancianas que parecen... seres angelicales.

—Sí.

—Un día las vi llenas de manchas de sangre. Luego hay un matrimonio mayor que siempre dice que llevan a su nieto a la escuela...

—Los he visto. El niño se llama Didi. Bueno, lo llaman así.

—Sí... Pero cada día es un niño diferente. Se van con él a..., a llevarlo al colegio, y vuelven sin el niño. Al día siguiente llevan a otro niño, que también llaman Didi. ¡Es todo tan siniestro...! ¡Y nunca podré salir de aquí! Claro que si ustedes son detectives privados, y logran salir, volver a...

—Olvédelo. Aimé y Alphonsine ya saben bastante sobre mí y Adrien. A él lo han... retirado de la circulación, y a mí me están dejando hacer. Se están divirtiéndolo. Luego querrán saber qué he estado conversando con usted. Se lo preguntarán, ya que al salir de su habitación les hemos privado de escucharlo directamente.

—¡Pero entonces ustedes también están perdidos...! ¡Deberíamos decírselo a los demás, que avisaran a..., a la policía...! Pero no lo harán... ¡Claro que no lo harán! A ellos les gusta La Maison, les va bien para sus cosas... ¡Nos matarán a los tres!

—¿Sabe? —sonrió Monique—. Me parece usted una persona demasiado nerviosa, Gabrielle. Está claro que hasta ahora sólo ha hecho cosas que le resultaban fáciles.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, nada... Volvamos hacia La Maison. Y si le preguntan qué hemos estado hablando, diga que yo quería saber qué clase de placeres especiales se pueden conseguir aquí, y cosas así. No se le

ocurra decir que Adrien y yo somos detectives privados. Y tranquilícese: Adrien y yo vamos a intentar marcharnos de aquí con usted. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, sí.

—Muy bien.

—No sé, me da la impresión como... como si usted estuviera burlándose de mí, o algo parecido.

—¡Qué tontería!, sonrió Monique. —Bueno, volvamos. Tengo que charlar con Adrien cuanto antes.

Se separaron al llegar al núcleo de casas, y Monique se dirigió a la suya. Nada más entrar, respingó, al ver al gigantesco sujeto completamente desnudo que se alzó de un sillón. Era un hombre hercúleo y guapísimo, de rubios bucles y sonrisa cautivadora.

—Hola —sonrió el hombre—. Le he traído el desayuno, y la esperaba por si necesitaba algo más de mí.

Monique se recobró rápidamente de la sorpresa.

—No, gracias. Tomaré el desayuno, aunque ya es muy tarde. Puede retirarse.

El guapo mancebo la miraba incrédulamente.

—¿Está segura de que no quiere... nada de mí?

—¿Qué podría querer? —le sonrió Monique.

—Es usted quien manda —sonrió también él.

Entonces, mando que se retire. Oiga, le encuentro algo raro... ¡Ya sé! ¡Pero si está usted desnudo!

El hombre parpadeó, atónito. Encogió los hombros, se dirigió hacia la puerta, y salió. Monique se acercó a la mesita rodante utilizada para llevarle el desayuno, y olió éste. Movié la cabeza. Tenía apetito, desde luego, pero no quiso arriesgarse a nada. En el fondo se sentía irritada, tanto por lo absurdo de aquel trabajo como por el indiscutible hecho de que Aimé y Alphonsine se estaban burlando de Adrien y de ella. Sí, estaban jugando con ellos..., pero sin saber qué clase de «juguetes» estaban manejando.

Apartó la alfombra, utilizó de nuevo el estilete del peine y ocultó éste otra vez entre sus cabellos. Alzó el rectángulo de madera, y, sin más, comenzó a descender los travesaños... Cuando bajó la tapa sobre su cabeza, se encontró rodeada de total oscuridad.

CAPÍTULO VII

Bajó cuidadosamente la escalera, hasta llegar al final. Dio un golpecito con un pie en el suelo, que sonó a macizo. No había nada más bajo, no más sótanos.

Comenzó a desplazarse cuidadosamente, extendiendo los brazos hasta donde pudo. No mucho, porque el pasillo era estrecho. Llegó a un giro en ángulo, y poco después a otro. Por delante de ella vio un lejano resplandor. Caminó hacia allí, llegando a otro ángulo de corredor. Ahora vio la luz, hacia el fondo. Cuando llegó allí, se encontró en un aposento cuadrado, de unos diez metros de lado, del que arrancaban siete corredores, numerados. Comprendió en seguida que cada número correspondía a una de las casas, y que luego, bajo cada una de éstas, habían los cortos pasillos en ángulos que permitía acceder a cada habitación.

Pero... Un momento. Había seis casas. ¿Por qué entonces siete corredores?

Miró el globo que daba luz al distribuidor. Luego, se acercó al corredor número siete. En la entrada había un interruptor. Lo accionó, y todo el corredor quedó suavemente iluminado por espaciadas bombillas. El corredor terminaba en ángulo hacia la derecha, y seguía de nuevo recto. Era diferente al que ella había recorrido desde su casa. Ahora vio a ambos lados.

Abrió una puerta, tanteó junto al marco, y encontró el interruptor. Encendió la luz. Oyó la exclamación, y miró hacia donde había sonado, justamente en el centro del pequeño cuarto. Lo que vio la dejó verdaderamente atónita: sobre una vieja mesa, sentada con las piernas encogidas y expresión de terror había una mujer de unos cincuenta años, desnuda. Alrededor de la mesa, por el suelo, corrían cinco o seis enormes ratas...

—¡Cierre esa puerta! —gritó la mujer—. ¡Se me van a escapar las ratas!

—Pe..., pero, *madame* —casi tartamudeó Monique—. Oh, no debe preocuparse, la ayudaré a salir de...

—¡Idiota! ¿Ayudarme a qué? ¿No ve que estoy *gozando del miedo*? ¡Salga de aquí inmediatamente y cierre la puerta!

Monique retrocedió, atrayendo la puerta. Estuvo tres o cuatro segundos como aturdida. La Mansión de los Placeres... ¿En qué nido de locos se había metido? Reaccionó, y abrió otra puerta. En aquel cuarto la luz estaba encendida. Y el espectáculo era... exótico y pasmoso. Un hombre gordo, al que todavía no había visto en La Maison, estaba sentado sobre unos almohadones moriscos de vivos y bellos colores, desnudo, pero cubierta su cabezota con un turbante, mirando a las cuatro muchachas que, sobre una alfombra extendida en el suelo, y completamente desnudas, manejaban aparatos eróticos manipulando con ellos en sus cuerpos de tal modo que obtenían o fingían obtener grandiosos placeres, y se retorcían sobre la alfombra gimiendo...

—Pasa, pasa —dijo el tipo del turbante, en mal francés—. ¡Cuántas más seáis, mejor!

Monique retrocedió, cerrando también esta puerta. Cuando abrió la siguiente, estaba preparada para todo... Es decir, creía estarlo, lo que vio la dejó helada, incapaz de reaccionar. En realidad, tardó unos segundos en comprender lo que sucedía allí, tan abominable era. Un hombre de unos sesenta años estaba allí acompañado de un niño de seis o siete y una niña de cuatro o cinco, a los que estaba colocando uno sobre otro, dándoles indicaciones con voz dulce para que hiciesen lo que, a su edad, no podían hacer... Cuando la comprensión de esto llegó a la mente de Monique, ésta sintió que se le nublaba la vista, tuvo la sensación de que ante sus ojos acababan de extender una transparente cortina roja.

Sin decir palabra, se acercó al grupo, alzó la mano derecha, y la dejó caer en un lado de la cabeza del hombre, que se desplomó emitiendo un gemido. Los niños gritaron, se separaron, y empezaron a llorar. Estaban demacrados, asustadísimos.

—Dios mío —gimió Monique—. ¡Oh, Dios, Dios mío...! No, no lloréis más... No lloréis, pequeños. Venid, venid...

Los niños corrieron hacia un rincón del cuarto, y se encogieron allí, abrazándose con su lógica inocencia, en busca de mutua

protección, sin dejar de llorar. Monique habría querido dedicarles todo el tiempo necesario para calmarlos, pero no podía hacerlo, porque habría necesitado mucho, mucho tiempo... Comprendió que era inútil intentar calmar a aquellas criaturas, y decidió examinar al depravado sujeto. Nada más ponerle dos dedos en un lado del cuello supo que estaba muerto. Había golpeado demasiado fuerte. Miró hacia los niños, que seguían mirándola y llorando. Parecían dos animalillos acorralados...

—Me voy a llevar a este hombre de aquí, pero vosotros no os mováis. No os mováis de aquí hasta que yo vuelva para llevaros a casa... ¿Me estáis entendiendo?

El niño dejó de llorar en seguida, y sus ojos se abrieron mucho. La niña miró al niño, y se calmó un poco, al ver que él asentía con la cabeza.

—Muy bien —sonrió Monique—. Sobre todo no os mováis de aquí. Pronto vendré a por vosotros, y nos iremos a casa.

Agarró por un tobillo al hombre que acababa de matar cegada por la ira, y tiró de él, sacándolo del cuarto. Lo dejó en el corredor, de cualquier manera, y siguió caminando. Estaba segura de que si Adrien no se había puesto en contacto con ella era porque no podía hacerlo. No debía estar en ninguna casa, en ningún dormitorio, sino allí abajo, posiblemente encerrado. ¿O muerto? El corazón de Monique dio una brusca vuelta en el pecho. ¿Y si realmente aquel corazón era el suyo? ¡O, Dios, si aquellos degenerados lo habían matado, ella iba a despedazarlos a todos, iba a...!

Las risitas llegaron a sus finos oídos. Se detuvo, escuchando atentamente, y en seguida se orientó hacia la puerta tras la cual sonaban. La empujó, y en seguida vio la luz del interior. Empujó abriendo completamente..., y una vez más, su mente quiso rechazar las imágenes que recogieron sus ojos.

Lo primero que vio fue a él, a Adrien, de pie y sujeto de espaldas a la pared de frente a la puerta. Luego vio a la mujer, también sujeta a la pared por argollas, brazos y piernas formando una X.

Es decir, lo que quedaba de la mujer.

En aquel mismo instante, Monique lamentó no haber comido algo, pues algo habría tenido para devolver. Al no ser así, comenzó a estremecerse en violentísimas arcadas, mientras se volvía para dejar de ver aquello.

—¡Cierre esa puerta! —Oyó la chirriante voz femenina.

Monique se apoyó en la pared, haciendo tremendos esfuerzos para contener la reacción de su cuerpo, para serenarse. Oyó como algo lejano el sonido de la puerta al ser cerrada violentamente, pero no hizo caso. Hubiese querido reaccionar antes, pero no pudo hacerlo antes de transcurrido no menos de medio minuto. Notando en la boca el amargor de la bilis, llenos los ojos de lágrimas, se irguió, se puso ante la puerta, y la empujó de nuevo.

Oyó la voz de la otra anciana, y, como entre brumas, la vio acercándose a ella, gesticulando. Su voz era como un taladro horrible en los oídos de Monique, que alzó una mano y la dejó caer sobre la cabeza de la mujer. La vio desplomarse. Oyó el chillido de rabia en alguna parte, y en seguida la voz de Adrien, alarmada:

—¡Cuidado...!

Sacudió la cabeza, la visión se aclaró. La otra anciana corría hacia ella blandiendo un cuchillo, descompuesto su rostro en una mueca que reflejaba a la vez ira y alegría; una alegría satánica, una expresión como Monique no había visto jamás en rostro alguno.

Se apartó, la anciana pasó por su lado blandiendo el cuchillo y chillando. Monique estiró el brazo derecho en otro golpe de karate, y sintió cómo su puño se hundía en la espalda de la anciana. El golpe fue tan fuerte que la anciana pareció volar, se dio de cara contra el borde de la puerta abierta, y rebotó, quedando tendida en el suelo boca arriba, con el rostro lleno de sangre.

Monique se volvió a mirar a Adrien, que la contemplaba con expresión tensa.

—No la mires —susurró Adrien—. Es Marie Villeneuve. No la mires.

Monique cerró los ojos. No tenía necesidad de mirarla, la recordaba perfectamente, sabía que tardaría mucho tiempo en borrar aquella imagen de su mente..., si es que alguna vez lo conseguía. La mujer sujeta a la pared por argollas, Marie Villeneuve, había sido abierta en canal, sus costillas separadas, y se veía un hueco de su cuerpo donde había habido órganos: corazón, pulmones, hígado... La imagen era tan horrenda, tan nítida en su mente, que Monique se dejó caer al suelo, y escondió el rostro entre las manos.

No supo el tiempo que permaneció así. Cuando alzó la cabeza,

oyó en seguida la voz de él:

—No mires a ninguna parte. Sólo camina hacia mí. Ponte las manos a los lados de los ojos, o ciérralos. ¡No mires a ninguna parte de este cuarto!

Ella asintió, cerró los ojos, y se puso en pie. Se acercó a Adrien, con los brazos extendidos, y tocó su cuerpo desnudo. Abrió los ojos entonces, y vio su rostro cerca.

—¿Estás..., estás...? —jadeó.

—Estoy bien —murmuró él—. Me reservaban para cuando terminasen de jugar con Marie Villeneuve. Abre las argollas y sal de aquí. Yo haré el resto.

Ella asintió, abrió las argollas, cerró de nuevo los ojos, y salió a tientas de aquel lugar. Se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la pared, sin abrir los ojos. Sabía lo que estaba haciendo él: colocaría a las dos ancianas en las argollas, y las dejaría allí amordazadas. Aspiró hondo, se relajó. Dentro del cuarto no se oía nada, pero era normal, él sabía trabajar en silencio.

—¡Graaooarrr!

Monique se sobresaltó tanto que se puso en pie de un salto. Se quedó mirando con ojos desorbitados al gorila, que extendía sus largos brazos hacia ella. Había estado tan aturdida, tan impresionada, que no lo había oído llegar. Pero allá estaba.

El gorila se echó a reír, y gritó:

—¡Está en el siete!

Su voz se alejó retumbando por las paredes, como un sonido pétreo y mojado. Monique pasó bajo un brazo del gorila, y le dio frente de nuevo colocándose en el centro del corredor.

—¡Ven que te viole, mujer blanca! —rió el gorila.

Una mano fuerte, grande, tocó en un hombro al gorila, que se volvió velozmente. Adrien movió fuertemente la mano derecha, y el cuchillo trazó un reluciente arco en el aire, interrumpiéndose en la garganta del gorila. Saltó piel de gorila, sangre, partículas rojas. Un borbotón de sangre apareció por el tremendo tajo al instante, y el gorila, emitiendo un murmullo como de burbujas, cayó pesadamente hacia atrás.

—Hay más —dijo serenamente Monique—. Me están buscando por los corredores. Siguen divirtiéndose.

Adrien asintió, y se inclinó a limpiar el cuchillo en la piel de

gorila que llevaba el hombre que se había estado divirtiendo con Monique. Realmente, ya había dejado de hacer «monerías» para siempre. Adrien se irguió, y sujetó el cuchillo con el otro, en la mano izquierda. Con la derecha señaló hacia su espalda.

—No —rechazó Monique—. Si me das un cuch...

—Ponte detrás de mí.

La orden fue seca, tajante, definitiva. No era momento de discusiones. Monique se puso tras Adrien, que comenzó a recorrer el pasillo. Muy pronto oyeron las pisadas acercándose. Adrien señaló una puerta, la empujó, y entró rápidamente. La única luz que había allí dentro era la del proyector que lanzaba hacia una pantalla imágenes pornobestiales, que Adrien vio un instante. A su derecha oyó las exclamaciones de contrariedad, y dos figuras humanas se pusieron en pie, y se le acercaron rápidamente.

—¡Oiga, este cuarto...!

Adrien Germont hundió el puño con espantosa fuerza en el voluminoso estómago masculino, que resonó como un tambor, el gemido del hombre gordo fue de auténtica agonía mientras se desplomaba. Adrien ni siquiera dio tiempo al otro a reaccionar. También con el puño derecho le golpeó en la barbilla, alzándolo del suelo y derribándolo un par de metros más allá. Monique entraba tras él, y cerró la puerta rápidamente. En la pantalla, dos perros y una mujer...

—Están muy cerca —susurró.

Se acercaron los dos a la puerta, y escucharon a través de la madera. Oyeron las pisadas de dos hombres, y en seguida la exclamación de uno de ellos:

—¡Mira! ¡Jules está ahí tendido...!

Los pasos se apresuraron, pasaron por delante de la puerta. Adrien abrió ésta, y vio a los dos hombres ya de espaldas a él, corriendo hacia donde yacía el gorila mientras sacaban sendas pistolas.

Adrien tomó con la mano derecha uno de los cuchillos que sostenía en la izquierda, por la punta, y lo lanzó con terrible fuerza. Unos ocho metros más allá, uno de los hombres lanzó un alarido cuando la hoja de acero se hundió con escalofriante impacto en su espalda, y cayó rodando hacia delante, soltando la pistola. El otro hombre giró, vio a su compañero todavía cayendo, y se sobresaltó.

—¿Qué...? —empezó a preguntar, mirando hacia atrás.

En realidad, vio sólo un destello volando velozmente hacia él. Sintió el tremendo impacto en la garganta, dejó caer la pistola, sujetó con las dos manos el mango del cuchillo, y cayó hacia atrás... eso fue todo. Segundos más tarde, las pistolas estaban en poder de Adrien Germont, que regresó hacia el cuarto pornobestial, del cual salía Monique. Le tiró una de las pistolas, que ella cazó al vuelo hábilmente.

—No hay salida en este sótano —dijo Adrien—. Tendremos que llegar a cualquiera de los otros.

—Hay dos niños en uno de los...

—Hay que dejarlos aquí, de momento —movió él la cabeza—. Si los llevamos con nosotros los exponemos a la muerte. Es mejor que pasen un poco más de miedo. ¿Has averiguado algo?

—Sí. Ya te lo explicaré. Estuve charlando con Gabrielle Desrochers, desde luego. ¿Qué te pasó a ti?

Adrien sonrió ceñudamente, señalando hacia delante, y los dos echaron a andar.

—Me dijeron que te tenían aquí abajo, y que te iban a descuartizar si no les acompañaba. Golpeé a dos de ellos y fui a tu habitación. Como no te vi allí, pensé que era cierto lo que habían dicho, y... decidí parlamentar.

—Yo estaba echando un vistazo por el exterior.

—Se me ocurrió, pero no quise correr riesgos. Si estabas aquí abajo, yo quería venir aquí abajo. Me dieron un golpe en la cabeza que todavía me duele. Cuando desperté, ya estaba metido en las argollas.

—¿Cuándo..., cuándo llegó Marie Villeneuve?

—Más tarde. Entendí que la trajeron desde París en un helicóptero. Ya llegó muerta... y muy maltrecha.

—Es decir que desconfiaron de nosotros, pero simulaban que no, para traernos aquí. Luego avisaron a sus amigos de París, y éstos debieron... convencer a Marie Villeneuve para que les dijera la verdad sobre Adrien Germont.

—Sí, la habían torturado. Y evidentemente, después de esto, decidieron eliminar la posibilidad de cualquier otra complicación procedente de Marie Villeneuve.

—Bueno, es un final adecuado para quien disfruta ahogando

gatitos. Pero me pregunto por qué sospecharon de nosotros.

—Somos demasiado... llamativos. Pero no vamos a quejarnos por eso ahora, ¿verdad? Siempre nos ha ido bien así..., y tampoco ahora nos va mal, en definitiva. Además, no debimos poner como dirección nuestra el hotel George V de París..., sin habernos inscrito antes en él.

—¡Oh! —Casi logró sonreír Monique—. ¿Crees que fue eso?

—No sé. Bueno, supongo que se nos veía demasiado... sanos y normales para ser clientes de La Maison... ¿Oyes algo?

—No... ¿Y tú?

—Si no lo oyes tú, que tienes el oído más fino. ¿Te parece que escuchemos atentamente unos segundos?

Permanecieron quietos y en silencio durante un minuto. No se oía nada. Por fin, y de pronto, los dos comprendieron a la vez...

—Lo han estado oyendo todo, claro —bajó la voz mucho Adrien—. Han estado oyendo lo suficiente para saber que ahora estamos los dos armados con las pistolas de esos tipos, y que hemos matado al gorila ese. Es decir, que no van a bajar a por nosotros más hombres. Simplemente, nos estarán esperando arriba.

—Arriba..., pero ¿dónde? Porque podemos salir por muchas habitaciones, y no creo que dispongan de tanto personal... ¡Oh, vaya! Ni siquiera eso, claro: simplemente, vigilarán las seis casas. Hemos de salir de ellas después de llegar a cualquier habitación, por supuesto. Suponiendo que el total de enemigos sea de dieciocho, significa que cada tres pueden vigilar una casa, esperarnos. Y claro, en cuanto avisen que salimos por una de ellas, todos se concentrarán allí.

—Lo seguro es que no tienen agallas para bajar a por nosotros. Y naturalmente, saben que en un momento u otro tendremos que salir de aquí.

—Podemos limitarnos a esperar.

—Esperar, ¿qué?

—Esperar a que se atrevan a bajar a buscarnos.

—Tienen todas las de ganar. Tan sólo con que se limiten a esperar, habrían ganado la partida. Podemos morirnos de hambre aquí abajo, y no veo qué prisa pueden tener ellos en que salgamos.

—No me gustaría morirme de hambre —reflexionó Monique—. ¿Crees que pueden haber víboras aquí abajo?

—No sé. ¿Qué te parece a ti?

—Tienen ratas —se estremeció ella—. ¿Por qué no habrían de tener también víboras? Y no tenemos por qué creer como unos simples que La Maison no tuvo nada que ver con la muerte de Langevine, ¿no te parece?

—Claro.

—En cuanto a Gabrielle Desrochers, esa pobre muchacha...

—¿Pobre muchacha? Escucha, ella...

—7'e diré lo que me ha contado, y que yo he creído, y luego dime qué opinas.

—De acuerdo. Sigue hablando en voz baja, mientras yo voy a ver si consigo unos pantalones.

Monique Courcel empezó a explicarle a Adrien todo lo que había sabido por mediación de Gabrielle Desrochers. Mientras tanto, volvieron al cuarto del pornobestialismo, y Adrien se hizo con los pantalones de uno de los dos hombres. La película había terminado, el proyector continuaba encendido... Salieron del cuarto, y volvieron al extremo del pasillo siete, que no tenía comunicación alguna con el exterior. El llanto de los niños llegó de pronto, muy amortiguado, hasta ellos. Monique palideció.

—Oh, Dios mío, esos pobres niños...

Adrien frunció hoscamente el ceño.

—Los vamos a sacar de aquí en seguida. Vamos a salir de aquí, y les vamos a pasar la factura a todos esos criminales locos de ahí arriba. Me pregunto qué estarán haciendo con Gabrielle Desrochers, si todo lo que ella te contó es cierto, no está precisamente de su parte.

—Estoy segura de que no me mintió. Llevé la conversación como si yo supiera cosas diferentes, como si supiera algo que ella no podía sospechar..., y no reaccionó en modo alguno. Adrien, sé que ella no me ha mentado.

—Muy bien. Vamos a ver si se nos ocurre algo para salir de aquí... cuanto antes.

CAPÍTULO VIII

El hercúleo, guapo y rubio sujeto que Monique había encontrado antes en su habitación, ahora vestido, señaló hacia una de las casas, súbitamente alarmado.

—¡Miren eso! ¡Hay fuego en la casa cuatro!

Aimé y Alphonsine, que, como el rubio y el resto del personal de vigilancia de La Maison, se mantenían a cierta distancia del núcleo de casas, esperando la aparición de Monique y Adrien por cualquiera de ellas, miraron hacia la que señalaba el hombre, y las dos se sobresaltaron.

—Pero... ¿cómo puede ser? —jadeó Aimé—. ¡Esta clase de accidentes los tenemos demasiado previstos y controlados...!

—¿No lo comprendes? —La interrumpió Alphonsine.

—¿El qué?

—¡Lo han provocado ellos! Han provocado fuego en una casa para que corramos hacia allí a apagar el incendio, y mientras tanto ellos pretenden salir por otra de las casas.

Aimé lanzó una exclamación. Se dio cuenta entonces de que, en efecto, sus empleados corrían hacia la casa de la que brotaba el humo.

—¡No! —gritó—. ¡Manteneos alejados, dejad ese fuego y vigilad las otras casas! ¡Saldrán por cualquiera menos por la que han incendiado!

De la casa en llamas salieron unas cuantas personas a toda prisa, pero ninguna de ellas era las que esperaban. Uno de los hombres que salió de la casa divisó a Aimé y Alphonsine, y corrió hacia ellas, desencajado el rostro.

—¿Qué significa esto? —gritó, deteniéndose jadeante ante ellas—. ¿Qué es lo que están haciendo ustedes ahora con esta barbaridad?

—Por favor, míster Dale, cálmese.

—¡Que me calme! Uno de los invitados de anoche a la cena, el tal Germont, ha entrado en mi habitación y ha prendido fuego a la cama... ¡Que me calme!

—Se lo rogamos. ¿Qué más ha hecho el señor Germont?

—¡Nada más! ¿Le parece poco? ¡Naturalmente, en cuanto ha hecho eso he salido de allí corriendo!

—¿Y él? ¿Qué ha hecho él?

—¡Ya le he dicho que...!

—¿Se ha quedado en la habitación?

—¡Y yo qué demonios sé!

—¿Estaba solo?

—Sí... Sí, claro, solo.

—Quizá van a salir por dos sitios diferentes —dijo el rubio.

Ni Aimé ni Alphonsine contestaron.

De las demás casas de La Maison salían a toda prisa los clientes que no se encontraban en los sótanos disfrutando de las «delicias» del lugar. Los hombres que hasta entonces habían estado patrullando aburridamente en bicicletas, y los de los tractores, miraban desconcertados y cada vez más inquietos a Aimé y Alphonsine. Ésta fue la primera en comprender todo el alcance de la jugada de Monique y Adrien, y palideció.

—El humo se verá desde toda la isla, y hasta desde más lejos... Quizá lo estén viendo ya desde el continente, desde Quiberon y otros sitios de la costa. ¡Y vendrá gente a ayudarnos a apagar el incendio!

Alphonsine palideció. Se quedaron mirándose unos segundos. Luego, las dos echaron a correr hacia la casa donde vivían ellas confortablemente instaladas, y donde estaban, además, la oficina de recepción y el despacho.

El guapo y hercúleo rubio corrió junto a ellas, pistola en mano. Entre los clientes de La Maison había cundido el pánico. Parecía que el pensamiento de Aimé se había transmitido telepáticamente, y todos estaban comprendiendo la catástrofe que se avecinaba: en cuanto acudiese gente y autoridades de las pequeñas localidades costeras de la isla, las cosas se iban a complicar muchísimo para todos, especialmente si, al entrar luego en la casa siniestrada, veían el agujero en el suelo que comunicaba con los sótanos...

Descompuesto el rostro por la furia, Aimé miró al rubio y bello

ejemplar de asesino que las acompañaba.

—¡La actriz está en nuestro despacho! —jadeó—. ¡Nosotras vamos a recoger algunas cosas de la caja fuerte, y mientras tanto tú ve a buscar el «Mercedes» y tráelo ante la casa! Luego, entras a ayudarnos a cargar con todo... ¡y la matas a ella!

—Muy bien —sonrió el rubio.

—¡No! —gritó Alphonsine—. ¡Que venga con nosotras! ¡Nuestra casa comunica con los sótanos, y si ellos salieran por ahí necesitaríamos ayuda! ¡Ya iremos luego al «Mercedes», ahora hay que recoger todo el dinero que haya en la caja, y el fichero...!

El rubio permaneció junto a ellas, y continuaron corriendo hacia la casa de recepción. Entraron en ésta a los pocos segundos, después de que el rubio mirara al interior por una ventana, sin ver a nadie. Ni siquiera Babette estaba en su sitio; debía haber salido para contemplar el incendio.

—¡Rápido, recojámoslo todo, tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes, hacia Le Palais, para escapar con la lancha...!

Aimé casi se estranguló con sus últimas palabras cuando, de detrás de la mesa, vio aparecer a Monique Courcel, que todavía tuvo tiempo y humor para decir:

—Buenos días, señoritas... ¿Desean inscribirse en La Mansión de los Placeres?

—¡Mátala! —aulló Alphonsine.

En la puerta del despacho sonó el seco trallazo de un disparo, y el rubio asesino saltó hacia atrás como un muñeco, con un balazo en pleno corazón, recibido en el momento en que se disponía a disparar contra Monique, la cual apuntó con su pistola a Alphonsine y Aimé. En la puerta del despacho, Adrien Germont, que había disparado sin contemplación alguna contra el rubio, también las apuntó, mirándolas fríamente.

—Vengan para aquí —ordenó.

—Será mejor que le hagan caso —dijo Monique—. Porque sus compinches deben estar corriendo ya hacia aquí al haber oído el disparo, y ya verán como empezarán a acribillar esta casa al comprender que hemos salido por ella. Es decir, todavía estamos dentro... ¡Caminen hacia el despacho!

Aimé y Alphonsine estaban lívidas. Desde fuera les llegaban los gritos de sus hombres, y muy pronto sonó el primer disparo, que dio

en una de las ventanas. Las dos mujeres chillaron, y corrieron hacia el despacho.

Dentro de éste, en efecto, estaba Gabrielle Desrochers, tendida en el suelo junto al sofá, todavía atada de pies y manos, pues Monique y Adrien habían tenido el tiempo justo de llegar a la casa de recepción desde la otra después de provocar el incendio. Fue Monique quién se arrodilló junto a Gabrielle, mientras Adrien contemplaba ceñudamente a Aimé y Alphonsine.

Monique quedó sobrecogida al ver el aspecto de Gabrielle. Tenía el rostro lleno de hematomas y heridas sangrantes, y sus ojos parecían a punto de saltar de las órbitas. Estaba tan asustada, tan maltratada, que no podía ni hablar. Una rápida idea pasó por la mente de Monique: Gabrielle Desrochers iba a necesitar una buena sesión de cirugía estética antes de que alguien la contratase para filmar otra película.

La liberó de las ataduras, y la ayudó a quedar sentada en uno de los sillones. —No se mueva— susurró—. Si la han golpeado también en el cuerpo puede tener algo mal dentro. Quede tranquila, todo irá bien ahora.

Gabrielle parecía incapaz de reaccionar en modo alguno.

Adrien, tras mirarla brevemente, regresó su atención a Aimé y Alphonsine.

—Muy bien —dijo—, ¿qué es lo que han venido a recoger aquí? ¿Dinero? ¿Y qué más?

Ninguna de las dos contestó. Monique se colocó ante ellas, descompuesto el rostro por la ira.

—Como a esos niños de ahí abajo les ocurra algo... ¡Oh, por Dios, no sé cómo no os mato a puntapiés, malditas criminales...!

—Tranquilízate —se acercó Adrien—. De momento los niños están a salvo, no te obsesiones con eso. Ahora las tenemos a ellas, y podemos controlar la situación. Escucha... Ya no disparan, ¿te das cuenta? Saben que tenemos aquí a estas brujas, y no se atreven a tomar una decisión.

—Mejor. Cuanto más tarden en decidirse, más probabilidades tendremos de recibir ayuda. ¡Ese fuego ya debe haber sido visto desde muchos sitios!

—Sí. Bien —miró de nuevo Adrien a Aimé y Alphonsine—, voy a repetir la pregunta: ¿qué han venido a recoger aquí?

—Nada... ¡Nada!

Monique lanzó una exclamación de rabia, se acercó a Aimé, que era la que había contestado, y le aplicó un ferocísimo rodillazo en el bajo vientre. Aimé lanzó un chillido, se llevó las manos al lugar golpeado, y cayó encogida, como si el golpe hubiera soltado un resorte en su cuerpo que la crispase, que la recogiese en una bola. Alphonsine quiso correr en su ayuda..., pero una tremenda, increíble bofetada propinada por Monique, la derribó sobre la alfombra. Terminó de rodar, quiso incorporarse, y sintió tan dolorosa y aguda presión en la garganta que no pudo ni emitir un sonido. Tenía los ojos llenos de lágrimas provocadas por el espantoso bofetón, pero cuando las lágrimas se deslizaron por los lados, vio a Monique de pie junto a ella, y supo a qué era debida la presión en su garganta: Monique Courcel había colocado en ella el tacón de uno de sus zapatos, y apretaba contenidamente. Pero Alphonsine comprendió que tan sólo con que la bella rubia apoyara todo su peso sobre el tacón del zapato, éste penetraría en su garganta como si fuera un punzón.

—No quiero que Adrien descienda a maltratar a dos mujeres, aunque sean unas brujas criminales —dijo fríamente Monique—. Pero yo sí voy a matarte como a una cerda si no contestas. ¿Lo has entendido, bruja?

Los aterrados ojos de Alphonsine dijeron que sí. Monique aflojó la presión del tacón en su garganta. Adrien se acuclilló junto a ella, y la miró con inquietante amabilidad.

—Me parece que ahora nos vamos a entender mejor. ¿Qué han venido a recoger aquí?

—Dinero —jadeó Alphonsine—. Dinero... ¡Siempre tenemos bastante dinero en la caja, y cheques...!

—Dinero —asintió Adrien—. ¿Y eso es todo?

—También..., también tenemos un fichero filmado de... de clientes de La Maison... ¡No hay nada más!

Adrien se incorporó, hizo una seña a Monique, y ésta se apartó de Alphonsine, que emitió un gemido y se sentó. Cerca de ella, Aimé yacía inmóvil, desvanecida.

—Mi hermana —lloriqueó—. ¡Mi hermana...!

—Sólo tiene una pequeña avería... en cierto lugar verdaderamente doloroso —dijo Adrien—. Póngase en pie y abra

esa caja. ¡Vamos!

La ayudó rudamente tirando de un brazo de Alphonsine, que chilló de nuevo y corrió hacia la caja, oculta tras un cuadro. En cuanto apartó el cuadro, Adrien y Monique comprendieron que ellos no habrían podido abrir aquella caja sin conocer la combinación: era demasiado moderna, y de una marca en la que nunca habían «trabajado». Pero Alphonsine sí conocía la combinación, y, en pocos segundos, la caja quedó abierta.

Adrien comenzó a sacar todo su contenido, que fue colocando sobre la mesa. De pronto, sonrió secamente, separó un cheque, se lo guardó, y miró con fría ironía a Alphonsine.

—Por si acaso. No me gustaría que alguien supiese que tengo una pequeña cuenta en Suiza...

—Adrien —dijo de pronto Monique—, ¿no oyes? —¿El qué?—. El silencio.

Adrien parpadeó. Monique no había dicho ninguna tontería. Se podía decir que, en efecto, se «oía» el silencio.

—Están tramando algo —susurró.

Monique miró a Aimé, que se agitaba levemente, y en seguida a Alphonsine. —¿Qué están tramando, víbora?— preguntó.

—No lo sé... ¡No lo sé!

—Ya que hablamos de víboras... ¿Fuisteis vosotras o no, quienes le obsequiasteis tres a Jacques Langevine? ¡Y quiero una respuesta ahora mismo, o...!

—¡Sí, sí, sí, fuimos nosotras, sí! —chilló Alphonsine.

—¡Debería haceros ped...!

—Calla —dijo Adrien—. Calla, Monique. Escucha... Escucha bien... Ese oído tan fino que tienes...

Estuvieron callados unos segundos. Monique terminó por mover negativamente la cabeza, haciendo un gesto de impotencia.

—Lo único que oigo un poco es el crepitar del fuego de la casa que hemos incendiado —susurró.

—Saben que estamos aquí, saben que aquí hay dinero. No pueden hacer más que una cosa; venir a por nosotros cuanto antes, si quieren hacerse con el dinero antes de que llegue gente de todas partes de la isla. Tienen que estar acercándose sigilosamente. ¡Quieren entrar en la casa! —exclamó de pronto—. ¡No te muevas de aquí, y dispara contra la puerta tan sólo con que la veas

moverse!

—¡Adrien! ¡Adrien!, ¿qué haces, adónde vas...?

—¡Me escapo y te dejo en la estacada! —dijo él, corriendo hacia la trampilla alzada en un rincón del despacho.

—¡Adrien...!

Pero Adrien Germont desaparecía ya rápidamente por el hueco del suelo. Llegó al final de la escalera, y recorrió rápidamente los pasillos, sin importarle en absoluto hacia dónde se dirigía. Lo único que quería era alejarse lo máximo posible de la casa de recepción.

Cuando creyó haberlo conseguido, se lanzó por una de las escaleras, empujó la trampilla, y se deslizó por debajo de la alfombra, saliendo a una habitación en la que no había nadie... Desde la ventana captó rápidamente la situación.

Chocante y a la vez peligrosa situación. No quedaba a la vista ni una sola bicicleta, ni se veía por parte alguna el «Mercedes». Ni se veía tampoco ninguno de los clientes de La Maison. Era fácil de comprender, por supuesto: todos se habían marchado, ya fuese en el «Mercedes», en bicicleta, o a pie. En cambio, no se habían atrevido a utilizar los dos tractores, que permanecían bajo el sol a unos ciento cincuenta metros.

En cuanto al personal de La Maison, tal como habían temido, se estaban acercando a la casa de recepción, con grandes cuidados, formando un círculo que se iba estrechando rápidamente. Sólo quedaban hombres, ninguna mujer de las del servicio de mantenimiento, cocina, arreglo de habitaciones. Sólo hombres, pero todos armados.

Ocho... No. Nueve hombres.

Adrien miró hacia donde estaban los tractores. Ciento cincuenta metros. Muy bien.

Salió de la habitación, abrió la puerta de la casa, aspiró hondo, y, de pronto, echó a correr hacia uno de los tractores, en línea recta, como una bala..., y casi tan velozmente. Lanzó una ahogada maldición cuando sus descalzos pies pisaron algunas piedrecillas. Cuando oyó tras él los gritos de advertencia sintió que se le ponían los cabellos de punta: le habían visto. Se encogió instintivamente cuando sonaron algunos disparos, pero ni siquiera llegó a oír el silbido de las balas.

Posiblemente, Adrien Germont batió algún récord olímpico

cuando recorrió aquellos ciento cincuenta metros a velocidad de verdadero infarto. Se encaramó al tractor, buscó con desorbitada mirada los mandos, y jadeó:

—¡La... puta... que os... parió...! ¡Vais... a ver...!

El motor del tractor se puso en marcha. Adrien asió el volante con la mano izquierda, empuñando siempre firmemente con la derecha la pistola. Tres hombres corrían hacia el tractor, disparando. Pero no se puede correr y disparar bien. Una bala rebotó en alguna parte del tractor, sin embargo. Adrien metió el pie en el freno, extendió el brazo, apuntó a uno de los hombres que corrían, y apretó el gatillo. El hombre dio un salto de campana hacia delante, chillando, cayó de cabeza, y quedó inmóvil.

¡Pack!, disparó por segunda vez Adrien Germont.

A unos sesenta metros, otro de los hombres se llevó las manos al vientre, cayó de rodillas, y luego de bruces. El tercer sujeto de los que corrían hacia allí se detuvo. Adrien vio en la distancia su rostro crispado y pálido, sus ojos muy abiertos...

¡Pack!, disparó de nuevo.

Se estremeció al ver cómo parte de la cabeza del hombre se convertía en un diminuto surtidor. El hombre se desplomó hacia atrás.

—Dios —jadeó Adrien—. ¡Dios!

Pero reaccionó rápidamente. No podía darles tiempo a los otros para que razonasen, para que asimilasen la idea de que si él estaba fuera no podía estar dentro de la casa, y se lanzasen entonces en busca del dinero todos juntos. ¡Ni siquiera la valiente y siempre eficaz Monique podría contener a seis hombres armados!

Lanzó de nuevo el tractor hacia la casa de recepción, a toda velocidad. El metálico monstruo rugía, trepidaba, parecía un inocente carro de combate lanzado al asalto..., pero los seis hombres que quedaban habían comprendido ya que había más peligro fuera de la casa que dentro, y corrían hacia la puerta...

Dos de ellos se detuvieron, uno en seco, y otro lanzando un aullido mientras describía una grotesca pirueta en el aire. Definitivamente, a Adrien se le pusieron los pelos de punta al comprender la jugada de Monique: había salido del despacho, y desde una ventana afrontaba la situación.

—¡Estás loca! —aulló—. ¡Vuelve dentro, al despacho...!

Entre el tractor y la casa, cuatro hombres miraban hacia una y otro. Adrien detuvo el tractor de nuevo, apuntó, y disparó. Un hombre lanzó un aullido, cayó de rodillas, se puso en pie, y comenzó a correr, alejándose de casa y tractor. Adrien disparó hacia otro sujeto, le vio dar un brinco, y salir corriendo en pos de su compañero.

Ya ni siquiera tuvo necesidad de apuntar a los otros dos, que se lanzaron a toda velocidad en pos de los anteriores. Adrien estuvo unos segundos mirándolos, boquiabierto. Luego reemprendió la marcha con el tractor hacia la casa de recepción, lo frenó delante, y aulló:

—¡Estás loca!

Monique salió de la casa, y le dijo algo, pero no la oyó. La tenía a menos de seis metros, pero no la oyó.

—¡Vuelve adentro, te digo!

Ella volvió a gritar, pero él no conseguía oírla. Monique corrió hacia él, se encaramó al tractor, y apagó el motor. El silencio fue súbito.

—¡Te estoy preguntando si estás bien! —gritó Monique.

—¡No grites, ya te oigo!

—¡Pues antes no me oías!

—¡Porque el motor del...! Oh, maldita sea, ¿por qué estamos gritando ahora?

—No lo sé —sonrió Monique.

—¿Estás bien? —La miró anhelante Adrien.

—Sí.

—Pero estás loca... ¿No te dije que te quedaras allá dentro? ¡Demonios, las brujas han quedado solas en el desp...!

—No te preocupes por ellas. —Monique se sentó a su lado—. Me aseguré de que no iban a molestar a nadie antes de salir de allí. Un par de golpecitos de karate, y... ¡a dormir!

Adrien suspiró, se pasó un antebrazo por la frente, y lo miró. Estaba empapado de sudor.

—No sabía que corrieras tanto —dijo Monique—. ¡Eres todo un atleta, mi amor!

—Te comunico —masculló Adrien— que nos hemos cargado a unos cuantos tipos.

Tendremos complicaciones.

—No me digas... ¿Crees que la policía nos molestará? Les vamos a dar resuelto el caso de Jacques Langevine; les vamos a devolver dos niños que naturalmente están aquí secuestrados y que deben estar buscando por toda Francia; les vamos a resolver el caso de los numerosos secuestros de niños para estas... bestias humanas; les vamos a dar un fichero de... personas «respetables» que se han estado divirtiendo en La Mansión de los Placeres; les vamos a entregar a las directoras de dicha mansión... ¿Realmente crees que se enfadarán con nosotros porque hayamos eliminado a unos cuantos asesinos, mi amor? —Coño— gruñó Adrien. —¡Tú tendrías que ser el abogado de nuestra oficina, no yo!

—Eso es todo un elogio, viniendo de ti. Bueno, a los que han huido ya los capturarán por ahí. Creo que ha llegado el momento de ir a sacar de ese siniestro sótano a esos dos niños...

ESTE ES EL FINAL

—Son preciosos —dijo Monique—. ¡Son encantadores, de verdad, mi amor! Pero... ¿qué vamos a hacer con ellos?. —Desde luego, no vamos a darles de mamar— gruñó Adrien. —¡Para eso ya tienen a su madre! ¡Y fíjate cómo nos mira esa gata...! Me gustaría saber qué está pensando.

Sentados ambos en la enorme cama, desnudos, miraban a la gata «Minou», acomodada dentro de una gran cesta de mimbre colocada en un ángulo del enorme dormitorio. Tres diminutos bichitos mamaban ávidamente, ajenos a los peligros del mundo.

—Caramba —dijo Monique—, yo espero que haya comprendido que somos sus amigos. Y a lo mejor, hasta ha comprendido que le hemos salvado la vida a sus tres hijitos. ¡Hasta las gatas tienen su corazoncito!

—Las gatas, puede, pero aquellas dos brujas... ¡Seguro que las van a guillotinar! ¡Zasss!, cabeza al suelo. ¿Sabes lo que más me molesta de todo esto? Que nos hemos hecho demasiado famosos, y que todo el mundo nos conoce en París... ¡Y hasta en toda Francia!

—Espero haber salido bien en la televisión —dijo Monique, arreglándose el cabello.

—Eres más coqueta que «Minou». Y a propósito de «Minou», ya sé cómo vamos a llamar a sus hijitos.

—¿Cómo?

—«Uno», «Dos» y «Tres».

Monique se echó a reír, y Adrien frunció el ceño.

—Me ha parecido una buena idea, francamente —farfulló.

—¡Pero si no me río de eso! Me río de cuando de pronto nos acordamos de que teníamos a Achille Beaupré en la bodega, y cuando llegamos lo encontramos casi muerto de hambre y borracho como una caja de botellas... ¡Pobre Achille! ¿Qué crees que le harán cuando salga del hospital?

—¡Zaaasss! —dijo Adrien.

—Estás de lo más tétrico esta noche —protestó Monique—. ¿Qué te parece si nos olvidamos de todo eso de una vez, y recordamos que estamos... en nuestra privada mansión de los placeres?

—Siempre lo he dicho —susurró Adrien, comenzando a acariciarla—. El día que te acepté como socia, hice el negocio de mi vida.

—Pues espero... que sepas... agradecerlo...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

